

Depósito Legal VA 1091-2019

Textos de José Luis Romero Vergara ©

Ilustraciones de José Luis Romero Vergara, Romerógaras ©

Editado y maquetado por Ediciones de Ciguñuela 

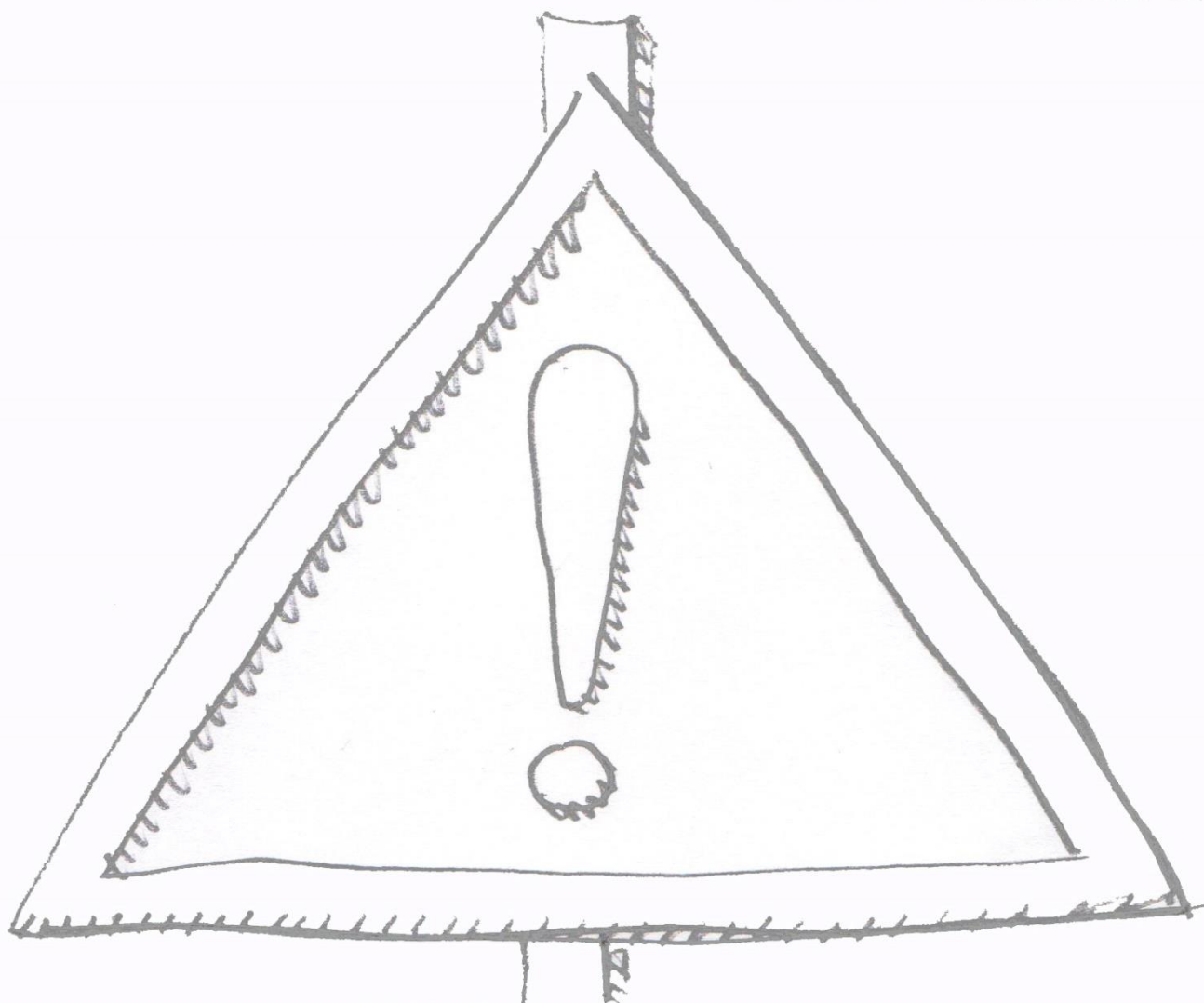
Reservados todos los derechos

Concadenando

de ejercicios

— perteneciente a —

José Luis Romero Vergara



AVISO

*Esto es un cuaderno de ejercicios; como esas redacciones que nos mandaban hacer en la escuela para que fuéramos soltándonos en el manejo de las palabras. La verdad es que, con los medios que hoy tenemos, casi todos podemos hacer de casi todo; basta con atender a dos detalles, uno técnico y otro anímico. El técnico consiste en aprender a manejar mínimamente unas herramientas, como quien aprende a poner una lavadora: el aparato puede tener cien programas, pero tú sólo necesitas manejar dos, y esos son los que te aprendes. En cuanto a lo del ánimo, ayuda mucho darnos cuenta de que no tenemos por qué hacer las cosas como las haya hecho nadie, ni compararnos con nadie, ni siquiera gustar a nadie; y mucho menos sacarle un rendimiento económico a lo que hagamos por el placer de hacerlo. Sí, sí; ya sabemos que es inevitable que lo que hacemos –escribir, pintar, componer o cualquier otra cosa con la que podamos expresarnos– se acabe pareciendo a lo que han hecho otros, porque todos aprendemos por imitación y no podemos desprendernos de nuestro bagaje cuando hacemos algo; al contrario, nos servimos de eso para hacerlo. Pero ese equipaje que cada uno llevamos no es el **producto**, sino la **herramienta**. Así que con las herramientas que voy coleccionando he ido haciendo pruebas, como seguramente las vayáis haciendo vosotros. En este cuaderno hay media docena de cuentos y un par de ideas peregrinas. Si os animáis a leerlo, ya os aviso: ¡allá vosotros...!*

YA VEREMOS...



La primera vez que me pasó era yo muy pequeño. Dicen que uno no se acuerda de las cosas cuando es muy pequeño, pero yo no tenía ni un año y me acuerdo perfectamente. Siendo ya mocito, atando cabos, pude reconstruir lo que debió de pasar. Yo estaba dentro del cochecito. Mi madre se había sentado delante de mí, para que pudiéramos vernos bien los dos. Recuerdo cómo ella acercaba y apartaba su cara de la mía y, como yo me reía, ella lo repetía una y otra vez. Debíamos de estar los dos produciendo cantidades enormes de oxitocinas. Me gustaban las cosquillitas que me hacía en la cara con su pelo tan suave, que se movía hacia atrás y hacia delante sin parar conforme ella acercaba y alejaba su cabeza de la mía; y también me acuerdo de cómo le brillaba el cabello, como si tuviera una luz dentro. Yo creo que desde entonces me gustan las cosas que brillan. El caso es que, después de jugar un buen rato a “*¡pero qué rico es mi niño, madre!...*”, mi madre me puso bien sentadito en la silla, me colocó mirando hacia delante - yo dejé de verla, pero ya entonces sabía que ella estaba detrás; no me daba miedo, ni nada -, me ató bien con el cinturón y me vi desfilando entre gente que me miraba y se sonreía, o que no me miraba porque estaba a lo suyo; pero todos eran mucho más altos que yo, y algunos estaban sentados en banquetas –yo no sabía entonces que eso eran banquetas; lo aprendí, como casi todo, después-. Y entre una enorme colección de pantalones y faldas con cabecitas de adultos en los extremos y el tintineo de las cucharillas contra las tazas y los hielos en los vasos de cristal, me iba acercando a lo que luego identificaría como la puerta de salida de una cafetería. He vuelto muchas veces, durante muchos años, a esa cafetería con mis padres. Sobre todo, con mi madre, que tenía la costumbre de ir a tomar un cafetín con las amigas después de dejar a mi hermano mayor en el cole. “*Mi hermano mayor...*” buen tipo, a pesar de todo lo que me hizo rabiarse. A lo que íbamos: yo, en mi sillita, fijándome bien en todo lo que me rodeaba, enfilando hacia la puerta de la cafetería... Entonces se me encendieron todas las alarmas: *¡¡¡ la puerta estaba cerrada!!!* Y yo sin coraza, ni lanza, ni nada; ni siquiera tenía un triste casco como el que me comprarían algún año después para ir en bici. Por un instante temí que mi madre, distraída, no se diera cuenta de ese detalle y se terminara precipitadamente mi paseo, dando con mis botitas en el cristal,

y el chupete en el suelo. No estoy seguro de esto, pero creo que llegué a sujetarme instintivamente el chupete con las dos manos. El caso es que, cuando ya estábamos a punto de colisionar... ¡¡¡Tachánnnn...!!!, como por arte de magia, la puerta se abrió. Mi madre siguió empujando el cochecito, como si nada. Salimos de la cafetería, y en el extremo de la puerta vi una mano con pelillos en los dedos, grande y amable, que estaba sujetándola para que no se cerrara mientras pasábamos. Y en el extremo de la mano vi un hombre grande y amable, como la mano pero con más pelos todavía (tenía unas enormes barbas), que me miraba y se sonreía mientras mi madre le daba las gracias. ¡Aquello fue fenomenal...! ¡Qué sensación de plenitud, qué satisfacción, qué regocijo! –no sé si llegué a hacerme pis del gusto-. Fue la primera vez que me sentí importante: alguien se había puesto a mi servicio y me había abierto la puerta para que yo pasara. Me parece que estuve recreándome en ese momento hasta que llegué a casa. O hasta que me quedé dormido por el camino, que es que no sé muy bien qué pasó después.

Desde entonces esa sensación no había dejado de acompañarme a lo largo de mi vida. Veía cómo las puertas se me abrían una detrás de otra; cómo los problemas se iban solucionando antes de que pudieran llegar a preocuparme. Las cosas parecían que se realizaban con que yo tan sólo las deseara. Triunfar se convertiría pronto para mí en una costumbre, y no entendía cómo podía haber personas disgustadas con su suerte, con lo fácil que era todo cuando uno se lo proponía de verdad. Aunque nunca llegué a manifestarlo abiertamente - ¡menos mal!– siempre creí que la mala suerte se la buscaba cada uno con su pereza, su dejadez y su falta de determinación.

Ya se sabe que cuando a alguien le sale todo bien desde el principio corre el severo riesgo de volverse un poco tonto. Y, lo que es peor, de no darse cuenta. He tardado varios años en entender que la gente no se queja siempre por vicio, y que la mayoría de los que conozco no tienen la culpa de que las cosas no les hayan salido tan bien como a mí. Y es que la vida no nos trata a todos de la misma manera. En realidad, estas consideraciones –tan sensatas, tan lógicas, tan elementales- no he empezado a hacérmelas hasta ayer por la tarde. Desde

entonces apenas como ni duermo. Nunca imaginé que pudiera pasarme a mí algo así. No sé qué podría haber sido peor. Cómo me acuerdo de los que sufren, y qué próximos los siento. Ahora entiendo por qué algunos dicen que la vida es un *valle de lágrimas*, como reza *La Salve* que aprendí en el colegio. Y comprendo que alguien se deprima y se hunda sin remedio, sin que existan para él ni consuelo ni alivio ni nada de nada. Y es que ahora sé que esas sonrisas, esas caricias, esas atenciones que me parecían tan especiales y esos momentos tan íntimos; esos cuidados que tan feliz llegaron a hacerme, no eran más que gestos amables de una persona buena, y que yo no supe interpretarlos correctamente. Tiene novio. Ayer por la tarde fue a buscarla en una *Vespa*, a la salida de clase. Me habría gustado creer que era su hermano, o, como mucho, su primo. Pero el beso que se dieron en la boca no dejaba lugar a dudas. Y se notaba que no era el primero, y que a ella le gustaba. Yo me escondí abrumado, como pude, entre mis compañeros, hasta que encontré una esquina desde donde poder mirar sin que me vieran para asegurarme de que no se trataba de un mal sueño. Hasta me pellizqué y me froté los ojos; pero nada: a mis siete años recién cumplidos, me he dado cuenta de que mi maestra no me quiere como yo la he querido siempre a ella. No sé qué tal podré encajar esto.

Me parece que al final sí que voy a ir al cumpleaños de Loli, aunque no haya más que niños pequeños quitándose los mocos con el dedo y pegándolos debajo de las sillas, como si fueran chicles, y jugando al *real de pillar* y al *escondite* y a tonterías de esas. Lo mismo sus padres tienen un tablero de ajedrez y podemos echar unas partiditas. Al final, a lo mejor no está tan mal. Ya veremos...

PERDER PARA GANAR



Lo perdió. Entonces entendió que el tren pasa sólo una vez... cada vez. Y que si uno lo perdía podría coger más tarde otro, y que si éste también lo perdía, habría otro un poco después. Ciertamente que cada uno era único, porque aunque se tratara de los mismos vagones tirados por la misma locomotora, cada tren estaba atado a un tiempo y habitado por unos personajes cada vez diferentes, con sus historias y sus horizontes. Pero si lo pensaba fríamente, antes de subirse en él ningún tren se le antojaba mejor que otro. Por eso dejó de tener prisa por aventurarse en el primero que llegara; se sosegó, se volvió de espaldas a la vía y se entretuvo mirando por el andén, bajo la marquesina de hierro y cristal, como si estuviera buscando algo que se le hubiera perdido y esperara encontrarlo, o como si estuviera jugando a buscar tesoros, como los niños y los soñadores. Y se puso a contar el número de baldosas que había entre el arcén de la vía y la puerta del vestíbulo, con aquel suelo damero de mármol blanco y marengo al que entró sin pensarlo. Y allí dentro fue levantando la cabeza y se fijó en sus paredes como si nunca antes las hubiera visto, tan altas y tan grises, decoradas de forma ecléctica bajo unas bóvedas de yesería, y notó cómo los chorros de luz le salpicaban la cara desde aquellos grandes ventanales abiertos al cielo. Salió luego fuera del edificio, se plantó delante de la fachada de piedra y ladrillo y se fijó en sus vanos arqueados y su gran reloj bajo una cubierta de pizarra poblada de óculos discretamente adornados. Y con la vista barrió de arriba abajo lo que había alrededor, las casas con sus tejados abuhardillados, el pequeño parque con su fuente y sus bancos, las farolas, las tapas de las alcantarillas, las manchas que dejan los chicles pegados en las aceras, alguna hoja de papel de periódico escapada de la papelería, algún envoltorio vacío, alguna cáscara de pipas sobre las baldosas grises y rojas que ahora pisaba, la calzada de adoquines tan concienzudamente alineados, las ruedas de los coches que estaban aparcados en batería... y sin darse cuenta sus zapatos le llevaron por las calles que estaban cerca, y luego por las que estaban un poco más lejos, y un poco más, y más... y con todo

cuanto veía se fue construyendo en su cabeza un mapa del lugar donde estaba, que era donde llevaba viviendo toda la vida y donde había nacido. Entonces se dio cuenta de que no lo conocía. Y lo miró sorprendido y admirado, como quien contempla una ciudad nueva a la que acaba de llegar, y siguió descubriendo detalles en los que nunca antes se había fijado: sintió cómo eso le estaba gustando y se fue enamorando de todo aquello. Se paró y respiró profundamente, queriendo atrapar todos los olores que le rodeaban, tratando de rescatar algún recuerdo en aquel envoltorio. Y pasaba sus dedos con aprecio por los muros y sobre los árboles y sobre todo cuanto le pillaba a mano, y cerraba los ojos y los ruidos de la calle le sonaban como un concierto de música contemporánea, justo la de aquel momento, la que se estaba interpretando en las entrañas mismas de ese pequeño universo al que él pertenecía y que le pertenecía a él. Entusiasmado y aturdido, se fue a casa; y hasta su casa le pareció distinta porque su forma de mirar las cosas ya no era la misma, ni él tampoco. Sin habérselo propuesto, acababa de coger su tren.

EL ARTISTA



De repente, se le ocurrió que podría hacer música con el culo. Verás:

Estaba Enrique escuchando por la tele un programa sobre *Paco de Lucía*; en él se mostraban fragmentos de sus actuaciones, intercalados con algunas declaraciones en distintas entrevistas que le habían hecho. Aparecían continuamente primeros planos de sus manos tocando la guitarra con una habilidad envidiable; aquello parecía magia. En un determinado momento, se le oye decir a *Paco de Lucía*, refiriéndose a cómo cantaba su desaparecido amigo *Camarón*:

- "*El instrumento más auténtico es la voz*".

Enrique sabía de sobra que nunca llegaría a tocar la guitarra como *Paco de Lucía*, que le fascinaba; ni a cantar como *Camarón* que, aunque no era santo de su devoción, había que reconocer que tenía mucho arte. Y sin apenas darse cuenta, empezó a hacer mentalmente un recorrido rápido por su cuerpo, buscando algún atributo, algún miembro, alguna parte con la que poder expresarse como un artista. De repente se le escapó un pedo. Y su pensamiento, dejando de lado su pudor y el temor a no ser comprendido, se paró en el culo: tenía cierta similitud formal con la boca y, aunque no estaba dotado de cuerdas vocales, también emitía sonidos. A fin de cuentas, se trataría de *otro* instrumento de viento más. Y tan malo no debía de ser cuando el mismo San Agustín, en *La ciudad de Dios*, citaba ya a esos hombres que tenían tal dominio de sus pedos que eran capaces de tirárselos a voluntad, *de manera que parecía que estaban haciendo música*. Inmediatamente intuyó que en aquella parte del cuerpo había un montón de posibilidades por descubrir. Lo primero que se le vino a la cabeza era que se podrían adiestrar los glúteos para modular la tonalidad de los pedos. Además, con un poco de práctica sería posible controlar los movimientos del intestino para permitir o retener la salida de los gases. Asumidos estos dos principios, lo demás sería sólo cosa de ensayar e ir desarrollando un nuevo lenguaje que podría revolucionar el campo de la música.

Durante los siguientes días trató de diseñar una estrategia para sacar adelante su nueva empresa. Comenzó a beber gaseosa en las comidas, inició una dieta rica en legumbres y verduras (sobre todo, puerros; los puerros eran la verdura que más gases le daban), se informó acerca de distintos ejercicios abdominales, de cómo controlar el diafragma, de cómo inspirar y expirar el aire para lograr sacar el máximo provecho... Además, comenzó a estudiar de manera científica los pedos que iba escuchando: en la calle, en su oficina, en el ascensor, en el autobús, en los bares, en el colegio de sus hijas, en la iglesia, en la tienda de comestibles cuando iba a comprar el pan... todos los sitios que frecuentaba le valían para recopilar datos que apuntaba enseguida en una libretita que siempre llevaba consigo, comparándolos entre sí y clasificándolos según sus propiedades. Llegó a hacerse una elaborada tabla, que no desmerecería nada en cualquier tesis doctoral. Por otro lado, a medida que iba almacenando suficientes reservas de gases en su cuerpo, se iba entrenando en liberarlos, primero, y modularlos después. Tal y como había planeado, para conseguir sonidos diferentes se agarraba los glúteos y, ayudado con las manos, los movía alternativamente hacia adentro y hacia afuera, hacia arriba y hacia abajo, hacia un lado, hacia otro... Se pasaba largos ratos encerrado en el retrete, empeñado en conseguir resultados. Era tal el afán que ponía que acababa con el culo enrojecido y dolorido por las agujetas, y apenas sí podía sentarse. Y cuando, al fin, lo hacía adoptaba en la silla posturas inverosímiles, escorzos inimaginables que le permitieran acomodar lo mejor posible ese maravilloso y atormentado instrumento que apenas unos días antes estaba aún por descubrir. Todo este esfuerzo le proporcionaba cierto grado de satisfacción, y aunque todavía no tenía resultados tangibles, a estas alturas él ya se sentía como un artista.

De vez en cuando se sorprendía a sí mismo con alguna nueva ocurrencia. Una tarde volvió a casa con un puñado de hojas de distintos árboles, con diferentes tamaños y formas. Como lo suyo era un instrumento de viento, tuvo curiosidad por saber cómo funcionaban los instrumentos de viento conocidos. Leyó que algunos, como el clarinete, el saxo o el oboe, basaban su sonido en la vibración de una caña de bambú. Lo de la caña de bambú

no le pareció apropiado para su masculinidad, así que se le ocurrió que podía probar colocando en el orificio de salida de sus ventosidades alguna hoja de árbol, a ver qué pasaba. Pero como no encontró la manera de sujetarlas en el lugar apropiado sin inutilizar una de sus manos, desistió de la idea. También había visto que a veces, para conseguir determinados efectos, los trombones tapaban su pabellón con una sordina, y se le ocurrió probar con un vaso de duralex, con la embocadura mirando hacia el ano, acercándolo y separándolo alternativamente. Y sí, se modificaba el sonido, pero ocurría lo mismo que con las hojas de árbol, que necesitaba una mano para sujetarlo y eso le restaba posibilidades a la ejecución del tema. Podría solicitar la colaboración de un ayudante, pero de momento no se atrevía. Probó también con una hoja de papel, pegada por dos de sus extremos con cinta adhesiva desde la rabadilla hasta la entrepierna, con unos orificios de distintos tamaños practicados en el mismo sentido, suponiendo que podría trabajar con ellos como si se tratara de una flauta; pero, aún con dos espejos enfrentados entre sí y convenientemente orientados, manejar los dedos de espaldas resultaba demasiado complicado. Lo que sí que resultaba, y tenía su gracia, era percutir las nalgas con las palmas para acompañar el sonido de los pedos, pero este efecto todavía no sabía muy bien cómo introducirlo en sus interpretaciones, y decidió reservarlo para cuando surgiera la ocasión.

Cuando descansaba de sus ensayos aprovechaba para soñar un rato, y se veía ya convertido en un virtuoso intérprete, reconocido y bien considerado en los círculos culturales, viajando de un lugar a otro para dar algún recital, vestido siempre con traje de chaqueta oscuro y un jersey negro de cuello alto debajo; no recordaba exactamente a quién había visto vestido así, pero le gustó cómo quedaba ese efecto encima de un escenario; le daría un aire solemne a la actuación. Una y otra vez imaginaba las palabras de la presentadora del Auditorio que anunciaba por megafonía: *“Señoras, señores, el concierto va a comenzar”*. Y entonces a los pocos minutos él salía a escena, con la concentración y la compostura de quien se dispone a ofrecer a su público lo mejor que sabe hacer. Pero en ese punto su sueño se paraba, porque había muchos detalles que todavía

no tenía claros. Por ejemplo: ¿interpretaría las obras solo, o acompañado por una orquesta? El segundo supuesto le atraía más, el espectáculo quedaría con más empaque. En ese caso, los profesores de la orquesta saldrían primero al escenario y, cuando ya estuvieran colocados en su sitio y hubieran afinado sus instrumentos, saldría él, haciendo unas leves reverencias entre aplausos, agradeciendo al público su acogida. El mayor problema era que, que él supiera, no había ninguna obra escrita para *pedo y orquesta*, ni tampoco conocía a ningún compositor que pudiera hacerle una a su medida. Habría que adaptar alguna que ya existiera; y no valía cualquiera. Por ejemplo, la Quinta de Beethoven, que fue la primera que se le vino a la cabeza porque le gustaba mucho, sería imposible de interpretar con el culo; no podría acompañar el “¡Pum-pum-pum-puuuum...!” al tempo de la partitura, sus músculos no se contraían y relajaban intermitentemente a tanta velocidad, y veía físicamente imposible conseguirlo. Tendría que elegir otras obras con menos brío, aunque no por ello tenían por qué ser aburridas. Tampoco acababa de imaginar su puesta en escena: ¿actuaría de cara al público, o dándoles la espalda? Porque, claro, los cantantes lo tenían bien fácil: tenían su instrumento en la cara; pero él... Y otra cosa: ¿peería de pie, o lo haría sentado en una silla especial, que tendría que diseñar y mandar construir de encargo? Si al final se decidiera a dar los conciertos sentado, tendría que hablar con un carpintero que conocía, que tenía el taller en Ciguñuela; seguro que entre los dos daban con una buena solución. Pero si lo hacía de pie, el instrumento se apreciaría mejor, sin la interferencia de ningún objeto. Definitivamente, lo haría de pie. Y en este punto surge otra duda: ¿tendría que bajarse los pantalones y los calzoncillos para que se viera bien el origen de los sonidos? Desde luego, así sería todo más espectacular, incluso se podría estudiar alguna pequeña coreografía que acentuara su interpretación: algún gesto exagerado, sin llegar a ser soez; algún pequeño brinco, alguna pirueta... Y otra cosa: recordaba que le habían hablado de un grupo de música punk cuyos miembros se habían tatuado en el pecho la palabra inglesa “*free*”, y que salían a escena con el torso desnudo y el tatuaje bien visible. ¿Tendría él también que tatuarse algo en el culo, o aplicarse algún tipo de maquillaje

antes de salir a escena? Porque, en este último supuesto, sí que iba a necesitar de alguien que le asistiera...

Una mañana temprano, de camino al trabajo, decidió poner a prueba en el autobús los avances que iba consiguiendo, para ver cómo reaccionaba la gente. Al ser la primera vez que actuaba en público eligió un sitio discreto, junto a la puerta de salida, con el culo mirando al interior del vehículo. Se colocó las manos sobre los glúteos por debajo de la gabardina, a través de unas aberturas que había hecho en el fondo de los bolsillos para que no se notara mucho, por si alguien pudiera sentirse molesto al apreciar que se estaba tocando el culo sin conocer por qué motivo lo hacía. Levantó la cabeza, la movió ligeramente a un lado y a otro, hizo luego un gesto con los hombros para relajarse, colocó oportunamente los dedos para presionar donde debían, tomó todo el aire que pudo, apretó luego los labios y... -"*Prr-prr-prrrff-pfff, ¡prf-prfff...!*", soltó la obertura. Como quiera que se oyó bastante –no en vano llevaba siete semanas ensayando- casi todos en el autobús volvieron hacia él la vista, incluido el conductor, que empinó el cuello para mirar por el retrovisor y cerciorarse de si aquel estruendo era lo que parecía. Para su sorpresa, además de algún comentario fuera de tono de alguien que no tenía la sensibilidad suficiente, observó que todos se apartaban cuanto podían de su lado. De repente se dio cuenta de un detalle en el que no había caído hasta ese instante: los pedos huelen; y, menos para uno mismo, huelen mal. Muy mal. Había que hacer algo. Ese día, en el trabajo, estuvo todo el rato dándole vueltas a la cabeza para ver cómo podía atenuar ese efecto. Él sabía que no todos los pedos olían igual; es más, los había que casi no olían. Se le ocurrió que el aroma de un pedo dependía, en buena medida, de lo que se ingería. Al llegar esa tarde a casa encendió el ordenador y buscó en la Wikipedia para ver qué hacía que unos pedos olieran peor que otros. Así se enteró, entre otras cosas, de que los peores olores provenían del proceso digestivo de las proteínas. Se hizo entonces una lista de alimentos ordenados de menos a más, según la cantidad de proteínas que tenían, y decidió reservar los hipoproteicos para la dieta de los días en que pensara dar algún recital. Tras una semana comprobando que las cosas funcionaban como él había previsto, se animó a intentarlo de nuevo. Volvió a coger el

autobús por la mañana para ir al trabajo, volvió a colocarse junto a la puerta de salida con el culo mirando al interior del vehículo, repitió su ritual de gestos preparatorios y descargó sus habilidades contra los oídos de sus vecinos de viaje. De entre los pasajeros que le miraron se fijó en dos que se sonrieron, y él quiso interpretar esas sonrisas como un reconocimiento a su interpretación. ¡Ah...!, y apenas nadie se apartó de su lado, como ocurrió la semana anterior. La cosa marchaba.

Por raro que pareciera, tanto su mujer como sus dos hijas le apoyaban en el proyecto. Él era un hombre cabal, disciplinado y metódico. En su casa estaban acostumbrados a que llevara a buen puerto todo cuanto comenzaba, aunque algunas veces no lo entendieran muy bien; y ésta era una de esas veces. Se acordaban del día que llegó a casa después de ver una exposición en la sala del Teatro Calderón, diciendo que iba a hacer una *instalación* en la pared más grande del salón; y durante varios meses fue coleccionando, estirando y recortando las etiquetas de los productos que comían en casa, hasta que confeccionó una gran composición de varios metros cuadrados, encima del sofá. La verdad es que tuvo buen gusto combinando los colores, los tamaños y los grafismos de las etiquetas, y al final quedó una suerte de *collage* muy vistoso, que alababan cuantos visitaban su casa; bueno, siempre había alguien que no entendía bien las cosas. Otra vez llegó a casa con un mono de peluche que había comprado en un *todo a cien* y le pidió a su mujer que se lo cosiera encima del hombro de una camiseta, para tapar un roto que se había hecho al engancharse con una lámpara en el escritorio de la oficina; y anduvo paseando por la calle con la dichosa camiseta todo el verano, con el mono balanceándose de un lado al otro según caminaba. Todavía no estaban de moda los *influencers*; si no, seguro que habría creado tendencia.

Enterada ya su familia del proyecto, decidió compartir sus propósitos musicales con un compañero de trabajo con el que tenía mucho trato. No es que fueran precisamente amigos; por ejemplo, nunca quedaban para pasar un rato juntos fuera del trabajo ni se conocían sus respectivas familias, pero habían sabido guardar entre sí la distancia justa, esa que te permite

apreciar las virtudes del otro y a la vez evita el fastidio de un exceso de confianza mal entendida. Cuando le comentó en qué andaba metido, Agustín, que así se llamaba este compañero, no se sorprendió lo más mínimo. Es más, le dijo que sabía de cosas parecidas que hacían algunos, como una artista que movía los glúteos acompañándolos con una Sinfonía de Beethoven. Quedó con él en que, cuando salieran de la oficina, le enviaría por correo electrónico el enlace para que viera el video en cuestión. Y así lo hizo: al llegar Enrique a casa, encendió el ordenador y allí lo tenía, en la bandeja de entrada de su correo; así que le faltó tiempo para abrirlo e ir directo al enlace: www.youtube.com/watch?v=Qf_9AYT65vs. Lo vio y le gustó, aunque era bastante diferente a lo que él pretendía; pero tenían en común la exaltación del culo como instrumento de expresión artística: él haciendo música y ella, la artista del vídeo, haciendo una suerte de danza. Estuvo un rato trasteando por internet para ver si encontraba más vídeos de ese tipo, y algún otro encontró; pero ninguno mostrando lo que él pretendía. Eso le animó más, si cabe, y fue enseguida al retrete para seguir con su proyecto.

Llevaba ya más de dos meses ensayando a diario y aunque notaba progresos, tenía la impresión de ir muy lento; mucho más lento de lo que a él le gustaría. A cada paso se encontraba con alguna pega nueva que tenía que ir resolviendo sobre la marcha. Y luego estaba la cuestión del marketing: ¿cómo se iba a dar a conocer? Sabía que había agentes artísticos que representaban a músicos y les conseguían contratos para que actuaran, pero para llegar a eso todavía quedaba mucho. También estaba la posibilidad de ir colgando pequeños videos en Internet, como el que había visto de la mujer que movía el culo al compás de la música. Eso no estaría mal para empezar.

Cada vez tenía mejor técnica, pero no acababa de encontrar ninguna pieza de música clásica que se ajustara a sus habilidades. Para ir animándose con sus ensayos, comenzó a interpretar pequeñas piezas populares; la de *Paquito el chocolatero* ya casi la bordaba. Su mujer y sus hijas se meaban de risa escuchándole, y no sabían dónde meterse sólo de pensar que los vecinos podrían estar también oyéndole, y las explicaciones que tendrían que dar si llegaban a preguntarles

algo. De momento seguía ensayando en el cuarto de baño; ¡menos mal!

Habían pasado seis meses y estaba a punto de comenzar la temporada de conciertos en el auditorio Miguel Delibes. Se le ocurrió que, como ejercicio, podía seleccionar algún fragmento de uno de esos conciertos y probar a ver qué tal le salía su interpretación en directo, acompañado por una orquesta sinfónica de verdad. Repasó la programación para lo que quedaba de año, y se decidió: “*Carmina Burana*” era la pieza perfecta: una *cantata* con abundante percusión, que él podría ir acompañando con el culo, y con suficientes espacios como para poder ir descansando del esfuerzo. Así que fue a la taquilla y sacó seis entradas, una para una butaca junto al pasillo y las otras cinco que quedaban a su alrededor; así tendría espacio para trabajar con comodidad. Llegado el día, se vistió por la tarde para la ocasión y salió de casa andando, con tiempo de sobra, para tratar de calmar un poco sus nervios. Sabía que había un punto de locura en lo que iba a hacer; por eso no quiso decir nada en casa, no le fueran a quitar la idea. A fin de cuentas, ¿no tienen todos los artistas su punto de locura? Entró en el vestíbulo, entregó una de sus entradas en la puerta de la sala, buscó su sitio junto al pasillo y se acomodó en él. Cerró los ojos y trató de controlar la respiración; iba a llegar el gran momento: “*Señoras, señores, el concierto va a comenzar*”. A los pocos minutos salieron los coros, que se situaron en el fondo del escenario; luego los músicos, que se pusieron a probar sus instrumentos, y a continuación, entre aplausos, salió el director. Se colocó Enrique en la butaca con la espalda bien derecha y las manos bajo el culo, aprovechando la oscuridad de la sala, y comenzó el recital:

- [illegible]

Los espectadores que estaban delante de él no daban crédito; pero los de al lado y los de atrás, separados por los asientos que Enrique había reservado para sí, comenzaron a llamarle la atención: le chistaban, le llamaban cochino, le decían que se fuera a pelear al aseo... todo esto en voz baja, para no interrumpir el concierto. Finalmente, uno de los espectadores de atrás fue a avisar a una acomodadora, que se acercó a Enrique y, después de recriminarle, le invitó a que abandonara la sala. Como reza el dicho -pensó- *no está hecha la miel para la boca del asno*. A pesar de su contrariedad, reconocía que podía haberse excedido con su experimento. Iba a tener que replantearse algunas cosas.

Tardó unos días en rehacerse de su fracaso. Pero ese tiempo le valió para ordenar ideas y darle más coherencia a su proyecto: a fin de cuentas, el culo podía ser considerado como un instrumento popular y, en buena lógica, donde mejor se tendría que integrar sería en la interpretación de temas populares. Así que ya está. Y como apenas quedaba poco más de un mes para la Navidad, se le ocurrió que podía prepararse algunos villancicos para tocarlos con el culo; enseguida se le vinieron a la cabeza varios candidatos y puso manos a la obra; no tenía mucho tiempo. Y así, ensayando y corrigiendo, llegó el día de Nochebuena. Él, su mujer y sus dos hijas cenarían en casa; y, como todos los años, vendrían también sus suegros y sus dos tíos, que vivían solos y no tenían hijos. Cenaron pronto, como era su costumbre. Y después de la cena, en lo que daban las doce de la noche para abrir los regalos de Papá Noel, se pusieron a cantar unos villancicos. Enrique se levantó, fue hacia la puerta del comedor, la abrió y, con el culo mirando hacia el pasillo - ¡menos mal! – comenzó a cantar "*En el portal de Belén*", sustituyendo la tradicional zambomba por esos otros *zambombazos* que expelía su trasero. Ni sus suegros ni sus tíos estaban al tanto de esas nuevas habilidades de Enrique, por lo que la sorpresa fue mayúscula; celebraron entre risas la ocurrencia, y hasta alabaron el trabajo que había detrás de sus interpretaciones. Por cierto, alguien había puesto en el árbol de Navidad un paquetito para cada uno, primorosamente envuelto, con un lacito verde. Su suegro fue el primero en abrir uno de

esos paquetes: era una pinza de la ropa; pero para colocarse en la nariz, con un papelito que traía las instrucciones de uso.

Las Navidades iban pasando deprisa, como siempre; y llegó la Nochevieja. Esta vez serían ellos los que irían a cenar a casa de sus suegros, que vivían en un piso grande y antiguo, sin ascensor, no muy lejos de la suya. Y también cenarían allí sus cuñados y sus cuatro sobrinos, todos pequeños, como sus hijas. En Valladolid no suele nevar por Navidad, lo poco que nieva cae normalmente en enero o febrero, que es cuando hace más frío. Pero ese día, a media tarde, empezaron a caer cuatro copos; a todos les hizo mucha ilusión, y Enrique y su familia salieron paseando hacia casa de sus suegros, con dos bolsas llenas con algunas cosas para la cena, y con confeti y matasuegras para recibir el nuevo año. Las niñas, sobre todo, disfrutaban de lo lindo con los copos de nieve, que trataban de atrapar con la boca para comérselos, como si fueran trocitos de helado. En los últimos metros del trayecto tuvieron que apretar el paso porque la nieve empezó a caer con fuerza; llegaron bastante mojados. Allí estaba esperándoles ya el resto de la familia. Ni que decir tiene el guirigay que se formó, con los seis críos corriendo y gritando de un lado a otro de la casa. Pusieron entre todos la mesa, llevaron al comedor las cosas que habían preparado en la cocina y comenzaron a cenar. La nieve caía cada vez con más fuerza; ya se había formado un manto blanco en la calle, y había cubierto los tejados y los coches que estaban aparcados. La cena discurría alegre y distendida, con el televisor encendido de fondo, sin que nadie le prestara atención. De repente, se fue la luz. Todos pensaron que se trataría de un corte sin importancia, que apenas duraría unos minutos. Quedó iluminada la mesa tenuemente, con las velas que adornaban los centros del mantel. Pero lo cierto es que ya eran las doce menos cuarto, y la luz no volvía. Estaban todos viendo que se iban a perder las campanadas de Año Nuevo desde la Puerta del Sol, y eso no les hacía ninguna gracia. Entonces la suegra de Enrique, una mujer con determinación y buenas ideas, propuso que fuera él, Enrique, quien diera las campanadas de esa manera que sabía hacer; total, eso le tendría que resultar mucho más sencillo que interpretar un villancico... A Enrique le pilló por sorpresa esa proposición, pero accedió de buen grado. Entonces su suegro

salió a la escalera con una linterna, y pasó piso por piso invitando a sus vecinos a tomar las uvas todos juntos en el portal. Y todos se apuntaron: iluminados con linternas y velas, bajó cada uno sus doce uvas y su copa para brindar por el nuevo año. Con todos reunidos en el portal, y cuando ya sólo faltaba un minuto para la media noche, se subió Enrique al rellano del primer tramo de las escaleras y, con mucha solemnidad, anunció:

- Los cuartos: *Prrrf-prrrf-prrrrf-prrrrf...* - Y luego: - Las campanadas:

*PÚM,
PÚM,
PÚM,
PÚM,
PÚM,
PÚM,
PÚM,
PÚM,
PÚM,
PÚM,
PÚM,
PÚM*

Ninguno consiguió acabar de comer las uvas. Reír y tragar a la vez es casi imposible. Afortunadamente, nadie se atragantó. Y con aplausos, besos y abrazos dieron todos la bienvenida al nuevo año, y celebraron hacerlo de esa manera tan... original. Como era de esperar, al acabar la actuación se encendió de nuevo la luz.

EPÍTETOS



BRISA SUAVE
BLANCA NIEVE
NEGRO CARBÓN
SOL ARDIENTE
BLANCA LUNA
FRÍO HIELO
SANGRE ROJA
BREVE INSTANTE
FUEGO ARDIENTE
NOCHE OSCURA
FUTURO INCIERTO
ALTAS MONTAÑAS
VERDES PRADERAS
ESTRELLAS LUMUNOSAS
MARES PROFUNDOS

...

HUMAN@-ARTISTA

CONTAGIADOS



Pues eso: dos se querían tanto que, como todo se pega, ella acabó teniendo barba y él, pechos.

Sucedió así: estaban los dos tumbados en la cama, uno al lado del otro, y según hablaban de cosas bonitas se fueron acercando poco a poco, cada vez más hasta que se envolvieron en un abrazo enorme, con sus manos multiplicándose desde la nuca hasta las nalgas y sus piernas pegadas a la altura de los muslos, como si pertenecieran las cuatro al mismo animal; y mientras tanto jugaban con sus labios acariciándose de un lado a otro y de arriba abajo, y se fueron pegando cada vez con más ánimo, hasta amasarse las dos bocas como si estuvieran masticando gominolas, en un beso de esos que salen en las películas, con sus lenguas bailando alrededor la una de la otra, como si quisieran hacerse un nudo, o algo parecido. Así permanecieron por lo menos diez minutos; o veinte, no me acuerdo. El caso es que, cuando se separaron, él le dijo a ella:

- *¡Anda, se te han pegado unos pelillos de mi barba...!* Y ella respondió:

- *Pues a ti te han crecido los pechos; mira, mira cómo se te notan los pezones...*

Probaron otra vez, y otra, y otra... y a base de darse abrazos enormes con besos con lengua y todo, Pedro se fue haciendo como Ana y Ana, como Pedro: él se volvió chica, con las formas y los atributos de una chica, con el cabello largo y suave, como lo tenía ella, y se le aclararon y aflojaron los pelos de los brazos y las piernas, se le cayó el vello del entrecejo y se le afinaron los rasgos de la cara. A ella, en cambio, además de salirle barba, se le aplanaron los pechos y se le poblaron el entrecejo y las piernas y los brazos, que ahora se veían mucho más musculosos... todo, como lo tenía antes Pedro. Y hasta le salió...bueno, todo; *todo, todo*, como si fuera un chico. Vamos, que se hizo chico; pero sin cirugía, ni nada. Justo al revés de lo que le pasó a Pedro. Todavía abrazados, se echaron un poco hacia atrás para apreciar los cambios. Se miraron varias veces de arriba abajo, descubriendo en cada vuelta algún detalle nuevo. Y ninguno de los dos pareció extrañarse de aquel prodigio.

Enseguida corrió la noticia. Muchos no se lo creían y los que se lo creían estaban casi todos confundidos y alborotados. Aquello no era normal. Juan, un amigo de la pareja de los de toda la vida, que ingería cuanto sus riñones y su hígado le dejaban, creyó que los cambios de sus amigos eran alucinaciones suyas, y por enésima vez se hizo el firme propósito de dejar de beber. La madre de Ana, en cambio, se lo tomó muy bien, como si fuera un premio que Dios le hubiera dado, porque ella siempre había querido tener un hijo varón y ¡mira por dónde...! Y como, además, Pedro había ido tomando el aspecto de su hija, pues seguían siendo una pareja normal, de esas *chico-chica*, o al revés, que no llamaban la atención ni daban qué hablar a las vecinas, que eran unas cotillas que parecía que ya lo tenían todo hecho en casa. Porque esa fue otra: las comidillas que se hicieron las vecinas. Los hombres, por lo general, parece que dan menos importancia a estas cosas; a ellos les va más hablar de fútbol o de política. O a lo mejor es que les da vergüenza hablar de cosas así. El caso es que había opiniones para todos los gustos: que si era un montaje, que si habían sido abducidos por seres venidos del espacio, que si la culpa la tenían las radiaciones de los teléfonos móviles, que si con los transgénicos no podía pasar nada bueno, que si era una consecuencia más del *calentamiento global*, que si es que ya eran así antes, aunque no lo parecieran... La Ciencia también se interesó por el fenómeno; su médico de cabecera se lo contó a un colega, catedrático de la universidad, y quisieron internarles a los dos para estudiar detenidamente su caso - "*Hay que ayudar a que la ciencia avance*", les decían; pero Ana y Pedro –o Pedro y Ana, según- decidieron que la ciencia siguiera avanzando sin su ayuda, que ellos ya tenían otros planes.

Al principio, Pedro seguía pensando y sintiendo como Pedro. Y Ana, como Ana. Pero las cosas cambiaron deprisa: Pedro empezó a usar el champú de Ana y su barra de labios, aprendió a ponerse sus medias sin engancharse con ellas las uñas, se acostumbró a mirarse con las braguitas y el sujetador delante del espejo, sin sentirse ridículo –aunque Ana se escacharraba cada vez que le veía así, y le imaginaba con sus barbas y sus pelos por todo el cuerpo-, aprendió a maquillarse un poco, a perfumarse y vestirse como lo hacía Ana... fue entendiendo

entonces que tres cuartos de hora no era bastante tiempo como para arreglarse, y que eso de compartir el cuarto de baño tenía unos inconvenientes que no había sospechado antes. Lo más duro fue cuando le bajó la regla por primera vez. Ya lo habían hablado antes los dos, y estaban pendientes de ver hasta qué punto se había producido ese intercambio, y por fin pasó. Después de unos días con un humor de perros, Pedro se levantó una mañana con pequeñas molestias en el vientre y en la espalda. A él nunca antes le había molestado el vientre de esa manera. Ana, que entendió enseguida lo que estaba pasando, le enseñó a colocarse un tampón y trató de calmarle un poco. Para Pedro eran muchos cambios en poco tiempo, pero no estaba agobiado: era como si las hormonas estuvieran haciendo bien su trabajo y sus neuronas se hubieran puesto a funcionar de otra manera, para que su cuerpo pudiera ir haciéndole llevadera esta nueva situación.

Otro tanto le ocurría a Ana que, por su parte, también tuvo que cambiar de hábitos. Al principio no sabía en qué ocupar el tiempo que antes dedicaba a arreglarse, y que ahora, por más que rebuscaba en su nuevo cuerpo, no sabía cómo emplear. En realidad, no necesitaba esforzarse nada para ser como era Pedro: una ducha, los dientes limpios, la ropa limpia y... ¡a volar...! No dejaba de llamarle la atención ese nuevo apéndice que ahora llevaba colgando, y que a veces parecía campar por sus anchas, obedeciendo a estímulos que antes le habrían pasado casi desapercibidos. Quiso saber cuánto gusto le podría dar aquello, y la primera vez que lo probó se decepcionó un poco: *“¡Pues no es para tanto...!”*, pensó; le pareció mejor lo que tenía antes. Lo que sí que le resultaba divertido, y hasta excitante, era vestirse de hombre. No sabía cuánto habría de morbo en ello, pero le gustaba poder pensar como una mujer en un cuerpo de hombre. Se sentía como una intrusa con un poder desconocido en sus manos; como Cameron Díaz en la cabeza de John Malkovich, en una peli que había visto hacía poco. Lo que más le incomodaba era el apetito tan voraz que le había entrado de repente. Aunque, claro, entendía que ese cuerpo serrano no se mantenía con una dieta ajustadita en calorías. Justo lo contrario de lo que le ocurría a Pedro, que empezaba a comprender lo que costaba mantener a raya los kilos y las

arrugas de más, y casi le parecían insuficientes las dos sesiones semanales de gimnasio que dedicaba Ana, cuando tenía su cuerpo de mujer.

Al principio se plantearon seguir yendo cada uno a su trabajo, como si nada. Pero para evitar las incomodidades y la incomprensión de unos y la sorpresa y la desconfianza de otros, decidieron cambiarse los papeles. Al cabo de poco tiempo, ni los compañeros de trabajo de Pedro, en la fábrica de mosaicos, ni los de Ana, en la guardería, se acordaban ya de aquel día en el que se les notó tan raros. Por lo demás, a Ana le maravillaba la facilidad con que podía levantar ahora los sacos de cemento, y mover la transpaleta cargada con baldosas. Eso sí, su sentido común le decía que había que hacer las cosas con cuidado, y así las hacía. - *¡Pero qué prudente te has vuelto, Pedrito...!*, le decía algún compañero con guasa. - *Porque trabajo con la cabeza y no con el pito, como tú...¡¡¡jilipoyas!!!* –respondía ella para sus adentros, un poquito molesta. Lo que sí que notaba era que llegaba cansada a casa. No era un cansancio mental, como cuando trabajaba con niños; eran agujetas, ganas de sentarse y, sobre todo, ganas de comer: ese apetito tan exagerado... Y luego, a descansar un poco. Nunca le había gustado a Ana la costumbre que tenía Pedro de despatarrarse en el sofá después de comer; se lo consentía porque le quería mucho, y porque creía que no merecía la pena ponerse a discutir por eso; pero siempre le había parecido una ordinariez; ¡y ahora era ella quien tenía ganas de hacerlo...! Pero en eso se notaba que había sido cocinera antes que fraile: Ana primero se duchaba para quitarse los restos de polvo y sudor de la fábrica y se ponía luego ropa cómoda para estar en casa. Y nada de despatarrarse: se descalzaba primero y colocaba luego los dos pies cruzados sobre la mesita de centro, con elegancia, con ese *saber estar* de cuando tenía su otro cuerpo, el de verdad.

Pedro, por su parte, seguía yendo de sorpresa en sorpresa: nunca habría sospechado que costara tanto tratar con unos niños que eran más pequeños que él, y tenían muchas menos fuerzas. ¡Y eso de que le llamaran “seño”...! Pero lo que de verdad le descolocaba eran las conversaciones que tenía con las otras profesoras, en la hora del almuerzo; le parecían tan...

tan... ¿absurdas? No, esa no es la palabra; eran raras. Parecían empalagosas, pesadas e insulsas pero, de repente, salían de ellas cosas interesantes. Al principio aguantaba estas situaciones con una buena dosis de paciencia y condescendencia, por cortesía, sin pensar ni por asomo que pudiera aficionarse a ellas. Pero un buen día se sorprendió a sí mismo enfrascado en esas conversaciones del recreo, mostrando el mismo interés y utilizando los mismos argumentos que sus colegas, acompañándolos con sus mismos gestos y, lo que le pareció ya más preocupante, compartiendo también sus opiniones.

Cada día que pasaba se acentuaba un poquito más el intercambio de papeles. Cada día estaban más a gusto el uno en el cuerpo del otro, y el trato con la gente se iba normalizando en todos los sentidos. Como ninguno de los dos olvidaba de dónde venía, cada vez se entendían mejor cuando cada uno se reconocía haciendo las cosas que el otro hacía, e iban modificando algunas costumbres que habían llegado a comprender que podían ser molestas para el otro. Nunca antes habían entendido con tanta claridad qué era eso de la *empatía*.

Por lo demás, mientras algunos no querían saber nada de aquello, también había quienes empezaron a tener con ellos un trato y una proximidad que nunca antes habían tenido, interesados y hasta seducidos por lo que les había pasado, como si quisieran correr su misma suerte; y algunos, cada vez más, lo iban consiguiendo. Como Silvia y Agustín, los del primero derecha, con los que antes apenas cruzaban palabras, y ahora se habían hecho tan amigos y quedaban para ir juntos al cine o a cenar algún sábado. O Federico y Luis, que trabajaban en el mundo de la moda y vivían en el portal de enfrente, en el tercero, como ellos, con las ventanas frente por frente, que cogieron la costumbre de pedirles su opinión siempre que se les ocurría algún diseño novedoso. O Francisco e Inés, que tenían el cafetín en la esquina del Paseo de Zorrilla, y no ocultaban sus simpatías hacia ellos cada vez que entraban a tomar un café por las tardes, después de comer. O Rosa y Teresa, las de la tienda de té, que casi siempre que iban a comprar infusiones les regalaban alguna muestra de los muchos productos que tenían y trataban de

alargar la conversación dándoles alguna explicación que, por cierto, ellos agradecían. Era como si haber pasado por ese mismo proceso les hubiera hermanado. Y así cada vez más vecinos, conocidos y vecinos y conocidos de conocidos iban enterándose de lo ocurrido y apuntándose a pasar por lo mismo, como si, en efecto, aquello se pegara y fueran acabando todos contagiados. Felizmente contagiados.

- *Pues yo no me lo creía cuando me lo contaron.*
- *Pues yo, tampoco. Pero me alegro de que haya pasado.*
- *Y yo.*

DERESHA



Siempre me ha gustado viajar. El primer viaje largo que recuerdo fue a Madrid, en taxi, para ir a la boda de una prima de mi madre. Éramos ocho de familia, casi todos pequeños, y resultaba mucho más cómodo y salía más barato ir en taxi de puerta a puerta que andar haciendo trasbordos, primero desde nuestra casa a la estación de ferrocarril de Valladolid, y luego desde la estación de Madrid a casa de mis tíos. En esos años todavía no existían los cinturones de seguridad, y en un coche podían viajar tantos cuantos cupieran, mientras que el motor pudiera con ellos. El taxi era un *Seat 1500* largo, de los que tenían unos asientos supletorios entre la fila de delante y la de atrás. Estaba recién estrenado: olía a nuevo. La tapicería era de skay, de color beige. El taxista se llamaba Saturnino; lo sé porque era quien normalmente llevaba a mi padre cuando, por su trabajo, tenía que viajar a algún pueblo de la provincia, o a alguna capital cercana. Apenas me acuerdo de ningún detalle del viaje; sé que llegamos a Madrid y entramos en el centro hasta alguna calle del casco antiguo, con casas de tres o cuatro pisos. Allí paró el taxi. Fue un alivio poder bajar y estirar las piernas. Era el momento de dar besos de esos sin mucho entusiasmo y de dejarse besar. Estuvimos en casa de mis tíos dos o tres días, no recuerdo cuántos. Sí que me acuerdo de que dormíamos en colchones extendidos en el suelo; eso era bastante normal cuando se iba con niños a visitar a la familia. También me acuerdo de los paseos que dimos por la Gran Vía y alrededores, de lo que me impresionaron los carteles luminosos de las calles, con esos anuncios tan enormes de *Sweeps* y de *Tío Pepe*, y las escaleras mecánicas de los grandes almacenes. Y el metro, con los nombres de las estaciones sobre un fondo azul dentro de un rombo de color rojo, y las paredes azulejadas en blanco y verde, y ese olor que me recordaba al de la goma quemada. Y sobre todo la gente; mucha gente, como si la calle fuera una feria. Y muchas cafeterías, y más elegantes que las de Valladolid. Y mucho comercio, y muchos coches... Intuí entonces lo seductora que podía llegar a ser la capital para alguien *de provincias*, como algunos nos llamaban con cierto desprecio a los que no éramos de Madrid. Sea como fuere, aquel viaje me

marcó. A ése siguieron otros, casi todos cortos, casi todos por la península, casi todos acompañado por familiares o amigos y casi siempre con las narices bien pegadas a la ventanilla, aprendiéndome de memoria los paisajes con sus cielos, sus casas, sus monumentos y sus gentes. Seguro que entre todas ellas había quienes veían pasar nuestro coche o nuestro tren con algo de sana envidia, como me ocurría a mí cuando veía viajar a otros.

Pasaron los años y nos hicimos mayores: la carrera, el amor, el trabajo, la familia... casi todo normal, pero casi nada como uno lo había imaginado. Por ejemplo, nunca habría imaginado que acabaría trabajando en un pequeño taller artesanal, ni mucho menos que los objetos que fabricaba se fueran a vender mejor en el extranjero que en mi propio país. Por eso, cuando me enteré a través de la Cámara de Comercio de la convocatoria de un concurso de piezas únicas en una pequeña población de Austria, no me lo pensé dos veces: me inscribí y envié una obra al certamen. Esto fue en primavera; y en verano, aprovechando que no conocía aquella parte de Europa y que, a mis años, nunca me había subido a un avión, decidí visitar la exposición que se iba a montar con los trabajos seleccionados. Así que me pasé por una agencia de viajes, conté lo que quería hacer, me aconsejaron sobre cómo llegar y qué ver y contraté el viaje. Dejaría mi coche en Barajas, allí tomaría un vuelo para Munich, en Munich cogería un coche de alquiler que previamente habría contratado desde aquí y llegaría a Kufstein justo para cenar tranquilamente en el hotel; por esos lugares se come y se cena pronto, pero en la página web del hotel *Alpenrose* había leído que servían cenas hasta las diez de la noche. Al día siguiente visitaría la exposición, conocería lo que se cuece por otros talleres parecidos al mío y luego me daría una vuelta por la ciudad; todavía me quedarían otros dos días más para ver Salzburgo e Innsbruck. Y el cuarto día, otra vez a Munich, pasando antes por Dachau; la verdad, no me apetecía nada visitar el antiguo campo de concentración, pero sentía una especie de imperativo moral. Y luego, ya de vuelta a casa. Me

iba a salir un poco caro el viaje, pero sería lo más parecido a unas vacaciones que iba a tener en varios años.

Así lo hice. El lunes salí a media mañana hacia Madrid; el avión no despegaba hasta las cuatro y pico de la tarde, pero yo quería llegar a Barajas con tiempo de sobra: nunca había estado en el aeropuerto de Barajas, y aunque llevaba el navegador en el coche y había buscado en un plano la entrada a la Terminal 4, prefería evitarme sorpresas. El viaje a Madrid se hace bien; es cómodo, y a esas horas un lunes por la mañana no suele haber demasiado tráfico, aunque siempre se puede encontrar uno con alguna estampa curiosa: recuerdo un vehículo que no hacía más que adelantarme y decelerar, y cuando yo le pasaba, porque iba demasiado despacio, él me volvía a adelantar y deceleraba de nuevo, y así cuatro o cinco veces, hasta que, un poco mosqueado, decidí parar en Las Rozas para echar combustible y ya le perdí de vista. Menos mal. Al llegar a la T4 entré al aparcamiento por un carril donde me recogieron el coche para entregármelo de nuevo el viernes siguiente por la noche, cuando regresara del viaje. Noventa euros me iba a costar la broma; pero mi tranquilidad lo valía. Saqué mi escaso equipaje del maletero, entregué las llaves al encargado del aparcamiento y entré directamente en la Terminal. Consulté un panel con los próximos vuelos, identifiqué la ventanilla para canjear el billete y subí a la planta de arriba, me puse a la cola para registrarme (el *check-in*, como dicen), canjeé el billete –un asiento al lado de la ventanilla, por supuesto- y de nuevo a hacer cola para pasar por el control de entrada. Todo sin ningún problema. Me habían contado que en la zona de embarco había tiendas y restaurantes, y así era. Me senté en un autoservicio para comer algo y hacer tiempo hasta que llegara el avión que, por cierto, se retrasó algo más de media hora. Iba a ser ése el último bocadillo de jamón ibérico que tomaría en cuatro días. La cerveza, en cambio, fue la primera de una larga serie. No llevaba ninguna idea preconcebida sobre cómo sería eso de viajar en avión, aunque había oído decir que el embarco era un coñazo; y, en efecto, lo fue. De lo que nadie me había hablado antes era de

las gesticulaciones de las azafatas, cuando al fin nos acomodamos en los asientos, para explicarnos las normas de seguridad. Por un momento me pareció una pantomima cómica, como si nos estuvieran tomando el pelo, y el avión no fuera a despegar, ni nada, y después de dar unas vueltas por la pista nos dijeran que había sido todo una broma y nos hicieran bajar de nuevo. Afortunadamente no fue así, y aunque el avión discurrió por la pista por lo menos quince minutos antes de despegar, al fin despegó. En mi recién estrenado bautismo de vuelo me llamaron la atención dos cosas: una, el ruido tan tremendo que se escuchaba dentro del avión; parecía que viajábamos en un autocar viejo y mal insonorizado. La otra cosa que me sorprendió fue la mezcla de olores a comida que empezaron a llegarme; como si fuera la hora del recreo en un colegio, muchos pasajeros fueron desenvolviendo bocadillos, chocolates, golosinas y bebidas de todo tipo, como si quisieran anticiparse al carrito con viandas y refrigerios que una azafata iba ofreciendo por el pasillo del avión, con un relativo éxito. Quien no triunfó fue otra azafata que recorrió el mismo pasillo después, intentando vender productos de esos *duty free*. Pero nada. Por lo demás, las vistas desde la ventanilla del avión eran igualitas que las fotos de *Google Earth*. Se veían los ríos con sus meandros, los núcleos de población salpicando el territorio, alguna factoría que destacaba por sus dimensiones... la tarde estaba despejada y las vistas eran claras. El comandante del avión nos comentó que en Múnich tenían en ese momento 32°. Después de algo más de dos horas de viaje, pudimos comprobar que la temperatura no había bajado mucho.

El aeropuerto de Múnich tenía poco que ver con el de Barajas, era bastante más pequeño y estaba peor dotado. Como afortunadamente no había facturado ningún bulto, no tuve que esperar en la cinta para retirarlo, así que en unos minutos estaba buscando la oficina de *Avis* para formalizar el alquiler del vehículo. A la segunda vuelta, la encontré. Yo no hablaba alemán y la señorita que me atendió hablaba un mal inglés; vamos, igual que yo. Nos entendimos como pudimos, más por

señas que con palabras. Me preguntó si el coche lo quería con navegador y le dije que sí, mientras le mostraba el contrato de mi agencia de viajes. Me pidió mi tarjeta de crédito por si había algún incidente, tomó los datos, firmé unos papeles, me devolvió la tarjeta, me entregó las llaves y me indicó dónde tenía que retirar el coche. Me guie por los carteles que había colgados del techo hasta donde ella me había dicho y, en efecto, allí estaba el coche. Probé la llave, abrí, coloqué el equipaje en el maletero y me senté al volante. Lo primero, era programar el navegador para que me hablara en castellano. Resultó sencillo. Luego programé el destino: país: Österreich, localidad, Kufstein; calle, Weissachstrasse, número 47. Luego me pedía que eligiera entre varios trayectos, y pulsé sobre uno de ellos. Inmediatamente, en la pantalla del navegador –una pantalla sensiblemente más grande que la del navegador de mi coche- apareció un mensaje: *Iniciando ruta*. Al cabo de unos segundos, en la pantalla apareció un mapa de la zona con el punto donde me encontraba y con la ruta a seguir, bien destacada. En el momento, una voz de mujer, ni muy grave ni aguda, agradable pero respetuosamente distante, con un tono seguro que daba confianza, comenzó a dar indicaciones: *“Siga hacia adelante cien metros... En la siguiente rotonda, deje la segunda salida”*. Al aproximarme a la rotonda volvió a escucharse su voz: *“En la siguiente rotonda deje la segunda salida”*. Y así lo hice. *“Ahora, deje la salida”*. Lo de que *dejara la salida* me descolocó un poco, pero enseguida entendí que se debía a un error en la traducción y que donde decía *“deje”*, en realidad, quería decir *“coja”*. Por lo demás, la pronunciación en castellano de la nueva guía que me había echado era correctísima, si no fuera por cómo pronunciaba el sonido *“ch”*, que acentuaba como si se tratara de una s sorda: *“A quinientos metros gire a la deresha”*. Aquel detalle me resultó pintoresco y agradable; era como si ese pequeño defecto la hiciera más humana, me sentía acompañado según la escuchaba, como si en realidad quien me hablara fuera una persona, y no una máquina. Enseguida me acostumbré a su timbre, que a los pocos minutos se me había hecho familiar, y seguía sus instrucciones sin ningún problema. *“En la siguiente*

rotonda deje la tercera salida". *"Ahora deje la tercera salida"*. *"Ahora deje la salida"*. *"Ahora siga recto durante los próximos tres kilómetros"*. El paseo era agradable, con poco tráfico y rodeado por unos paisajes como los de las fotografías, con todo limpio y bien ordenado, las casas con sus tejados empinados y bien cuidadas, con flores en balcones y ventanas, y de vez en cuando pequeñas iglesias con una torre centrada en la fachada y esos tejados abombados tan pintorescos, con cierto toque oriental, o esos otros altos y puntiagudos de postal de navidad, como si estuvieran esperando a pinchar alguna nube despistada para ponérsela de sombrero. Llevaba más de un cuarto de hora encandilado por esas carreteras secundarias sin vislumbrar nada que se pareciera a una autopista, y como ya empezaba a anochecer decidí apartarme de la carretera para revisar la ruta seleccionada: me había equivocado; había elegido la ruta más bonita, pero también la más larga. Programé de nuevo el navegador, seleccioné el recorrido más corto y en apenas cinco minutos la voz certera y paciente de mi guía me condujo a una autovía. Eso ya era otra cosa. Muchos coches, muchos camiones y muchos tramos en obras. Sobre todo muchos camiones, y muy grandes; en España, con la crisis económica que teníamos encima, había disminuido tremendamente el número de camiones que circulaban por las carreteras. A las nueve y media de la noche llegaba a Kufstein. *"A doscientos metros gire a la deresha"*. *"Ahora gire a la deresha"*. *"Ahora siga recto trescientos metros, y después gire a la deresha"*. Atravesé un puente y fui a dar al centro de la ciudad. Por una plaza alargada y un poco empinada salí a una calle principal. *"Ahora gire a la deresha"*. *"Ahora siga recto quinientos metros, y después gire a la izquierda"*. *"Ahora gire a la izquierda"*. El coche discurría por una calle pintoresca, medianamente iluminada, como todas las que estaba viendo, con edificios de vecinos a un lado y casas unifamiliares al otro, y al revés. *"Ha llegado a su destino"*, me avisó mi guía. Aparqué justo al lado de la puerta, saqué la maleta y entré en el hotel.

- Hello.

- Hallo.

- *English?*

El hombre que salió a recibirme apenas hablaba inglés. Nuevamente tuve que recurrir a las señas y a alguna palabra suelta. Le mostré los papeles que me habían dado en la agencia junto con mi DNI, me tomó los datos y, con unas sonrisas amables que trataban de acortar la distancia entre los dos idiomas, me entregó la llave de la habitación, la 111; una llave magnética cuyo uso me mostró. Le pregunté como supe si podía cenar, señalando el comedor que estaba todavía abierto, aunque vacío. Creo que no le hizo mucha gracia, pero me dijo que sí. Subí el equipaje a la habitación, me lavé un poco y bajé al comedor. Era un local espacioso y muy agradable. Tenía las paredes y el techo forrados de madera de pino, en tonos claros. Parecía sacado de otra postal de Navidad. En realidad, casi todo lo que estaba viendo desde que bajé del avión era como sacado de alguna postal. Me acomodé y enseguida vino el mismo hombre que me había recibido al llegar con la carta del menú en la mano. La ojeé, y elegí un filete y una ensalada. Le pedí que me trajera para beber algún vino del país. Al instante volvió con un cestillo de pan y una bandejita con diferentes tipos de mantequilla, caprichosamente recortados, y luego trajo una botella de vino. En un alemán claro y pausado, intercalando alguna palabreja en inglés, trataba de explicarme las excelencias de los vinos austríacos. Entonces aproveché para decirle que yo era de Valladolid, de al lado de la Ribera del Duero, y en un castellano claro y pausado, salpicado con alguna palabreja en inglés, me puse a presumir yo también de nuestros vinos. No hizo falta: con su voz de barítono articuló un sonido de admiración y me contó que conocía nuestros vinos, que había tenido oportunidad de visitar alguna bodega de la zona y que le encantaban. Se retiró a la cocina y volvió al rato con las dos manos ocupadas: en una, un pequeño cuenco con ensalada, adornada con pétalos de flores. Y en la otra, un filete empanado que se salía del plato con unas patatas fritas acompañándolo. Iba a ser la primera vez que comiera un filete con flores. Partí un trozo de filete con el cuchillo y enseguida le hiqué el diente: me pareció exquisito; estaba frito con mantequilla y tenía un

empanado crujiente y sabroso. Decidí ignorar la porción extra de colesterol que me iba a meter en el cuerpo, y disfruté lo que pude de aquel manjar. No tomé postre; resultaba un poco incómodo estar yo solo en el restaurante, sabiendo que tenía a alguien pendiente de que acabara de cenar. Me levanté de la mesa y salí a la calle, a dar una vuelta hasta el casco antiguo de la ciudad, apenas a diez minutos del hotel. Nada más salir del edificio, en la acera de enfrente, había una fábrica de objetos de cristal. Me entretuve un rato ojeando los escaparates y decidí visitarla al día siguiente. Me llamaba la atención lo escasamente iluminada que estaba la calle, vacía a esas horas. También me sorprendió ver que junto a las papeleras había dispensarios de bolsas de plástico para recoger los excrementos de los perros (vi cómo un hombre que paseaba a su perro lo usaba). Las bicicletas estaban aparcadas sin candar a la puerta de las casas, y las ventanas de los pisos bajos, al ras de la calle, no tenían reja alguna que protegiera las viviendas. Estos detalles me daban confianza y, por qué no admitirlo, algo de envidia. Según me acercaba al centro de la ciudad se iba haciendo más presente el imponente castillo, aupado sobre una gran peña. Ya en el casco antiguo había construcciones muy llamativas. Y yo tenía cada vez más sed. Apenas había algún bar abierto, y con tan poca gente que no me atreví a entrar. Me asomé a la plaza que había atravesado cuando llegué, hacía ya casi un par de horas. Se notaba que era una zona turística. La crucé, y fui a parar la calle *Römerhofgasse*, sin duda la más atractiva de toda la ciudad, con sus fachadas decoradas con dibujos, sus comercios de calzado y ropa con la indumentaria tradicional del Tirol, sus hoteles y restaurantes, sus arcos con viviendas encima atravesándola de un lado a otro... Eso había que verlo de día. Se estaba levantando un poco de aire y estaba refrescando; además yo cada vez tenía más sed, así que me volví para el hotel con la esperanza de encontrarme alguna máquina de refrescos por el trayecto, pero nada. A cambio cayeron cuatro gotas en el camino de regreso. Suerte que cuando llegué a la habitación vi que había bajo el televisor un mini bar con bebidas. ¡Menudo alivio!: dos cervezas salieron a darme la bienvenida.

A la mañana siguiente me levanté temprano. Me arreglé y bajé a desayunar en un pequeño comedor preparado a propósito, al lado mismo de la recepción del hotel. Había bastantes cosas para elegir. Era un autoservicio, a excepción del café con leche (el café era de puchero), que te lo servían en la misma mesa. Me preparé un zumo, tomé algo de bollería y subí a la habitación a lavarme los dientes y a consultar el plano de Kufstein que me habían proporcionado en la agencia de viajes. La dirección a la que tenía que ir estaba al otro lado de la ciudad, pero como no sabía qué tal se aparcaría el coche por ahí, decidí ir andando; así, además, me daba un paseo turístico. Tardaría casi una hora en llegar. A poco de salir del hotel cogí un paseo que discurría por la orilla del río. El río Eno atraviesa la ciudad de sur a norte, y es frontera con Alemania un poco más arriba. Se notaba la presencia de la Universidad: a esa hora había un montón de estudiantes que iban a clase en bicicleta. Pasé por debajo del castillo, y a mitad de camino entré en el casco viejo de la ciudad por un arco en el que desembocaba una calle llena de dibujos, rótulos decorativos, trampantojos y leyendas, plagada de restaurantes y tiendas de regalos; era la famosa calle *Römerhofgasse*, la misma que había visto por encima la noche anterior, sólo que desde el otro extremo. No quería entretenerme. Ya tendría tiempo luego de ver cosas, y seguí mi camino.

La exposición estaba en un edificio moderno, de poca altura, con unas amplias cristalerías frente al río. Al entrar se me acercó una azafata para recabar algún dato. Ella sí que hablaba inglés con soltura, no como yo. Pero me había aprendido de memoria cuatro frases para ayudarme a salir del paso, y después de contestar a sus preguntas me dirigí a una gran sala junto al vestíbulo. No había mucho público. Durante algo más de dos horas me estuve recreando en aquella colección de objetos, primorosamente elaborados, algunos tremendamente originales. Tomé algunas notas. La visita había merecido la pena.

Ya de vuelta al casco histórico, fui directamente a visitar el castillo. Entré en el patio y saqué una entrada. Un funicular nos subió a los visitantes hasta lo alto del imponente edificio; había bastante gente, y yo subí en el segundo turno. Una vez arriba fuimos recorriendo las diferentes estancias. La construcción era muy robusta, alternando la piedra con la roca viva. Llamaban poderosamente la atención la cantidad de mazmorras que iban jalonando los diferentes niveles del castillo; no quise imaginar lo que tuvo que pasar allí más de uno: se respiraba rudeza por todas partes. Hacia la mitad de la bajada, quizás un poco más abajo, había un amplio patio con un pequeño jardín botánico. Supuse que allí se celebrarían conciertos y otros actos culturales, cuando el tiempo lo permitiera. A partir de allí el descenso discurría por un camino al aire libre, con algunas estancias excavadas en la roca. Me alegré de llegar de nuevo abajo. La visita al castillo había resultado ser un recorrido por la Historia, tan breve como agobiante. A poca distancia estaba la famosa calle de los trampantojos y los pasadizos aéreos, con sus pequeñas terrazas y sus comercios para turistas. Me daba una sana envidia ver el cuidado con que se mantenían allí las casas. Se me pasó por la cabeza comprarme unos pantalones de cuero, de esos típicos del Tirol; pero enseguida comprendí lo incómodos que me resultarían, y lo extravagante que quedaría andar con ellos por Valladolid. Lo que sí que compré fue un pequeño diccionario de alemán, después de visitar una iglesia protestante que estaba allí mismo. Me senté en una terraza y me pedí una cerveza. Luego di otro pequeño paseo y cuando ya eran casi las dos de la tarde busqué un restaurante para comer. No me acuerdo exactamente de lo que comí (no debió de entusiasmarme), pero sí de que me lo presentaron en la mesa dentro de una gran fuente de acero inoxidable con una tapa semiesférica, que reflejaba como un espejo todo lo que tenía alrededor. Luego fui al hotel a asearme un poco y descansar un rato.

Por la tarde cogí el coche y me acerqué a dar una vuelta por el lago Echtsee, muy cerca de Kufstein, casi en la frontera con Alemania. Ya echaba de menos la voz cálida y entrañable de mi guía: *“Ahora siga recto quinientos metros”*. *“Ahora gire a la izquierda”*. *“En la siguiente rotonda deje la primera salida”*. *“Ahora deje la primera salida”*. *“Ahora siga recto dos kilómetros”*. En quince minutos llegué y pude dejar el coche en un gran aparcamiento cerca del lago, enfrente de un restaurante. Aquello estaba repleto de gente. Fui bordeando el lago desde la margen derecha por una senda bastante concurrida, entretenido en ver cómo un joven trataba de cruzarlo haciendo equilibrios sobre el cable de una tirolina; no sé cómo podría haber montado la tirolina él solo. Entre el paseo que me estaba dando y lo que ya había andado por la mañana, la verdad es que estaba cansado. Fui al coche y volví al hotel: *“Ha llegado a su destino”*, me avisó la voz del navegador. Ya de vuelta me metí en la fábrica de vidrio que había enfrente del hotel; la entrada era libre. Había una tienda con los productos que vendían, y al fondo del local una puerta que daba al taller, para quien quisiera ver el proceso de producción. La visita discurría por una pasarela elevada desde la que se veía a los empleados manipulando los materiales e introduciéndolos en los hornos para darlos luego las diferentes formas y dejarlos ya rematados. Hacía un calor insoportable; menos mal que la visita fue breve. Por ese día ya había paseado bastante, así que entré en el hotel y me entretuve allí un rato hasta la hora de la cena. Esta vez cenaría con cerveza.

El martes tenía previsto ir a Salzburgo, de modo que madrugué un poco, desayuné y me puse manos al volante. Eran poco más de cien kilómetros y suponía que habría mucho que ver, así que mejor estar pronto. *“A doscientos metros gire a la deresha”*. *“Ahora gire a la deresha”*. Enseguida cogí la autopista. En una hora había llegado a Salzburgo. Dejé el coche en un aparcamiento al aire libre, a cinco minutos de la catedral. La *Salzburger Dom* es un edificio barroco, reconstruido tras la Segunda Guerra Mundial, con tres grandes puertas de bronce que representan las virtudes teologales: la Fe, la Esperanza y la

Caridad. Di un paseo por su interior y luego bajé a visitar las excavaciones de la primera catedral, de origen medieval, a las que se accedía por una escalera desde la fachada principal. Cuando acabé, como no iba a estar más que ese día en Salzburgo, decidí contratar una visita guiada que consistía en un recorrido por la ciudad, en grupos reducidos. Estuve esperando un largo rato para ver si se completaba un grupo de españoles que llevara un guía en nuestro idioma, pero nada. Al cabo de más de media hora, nos metieron en una furgoneta Volkswagen; delante se sentaban el conductor y el guía, que hablaba en inglés, y detrás los seis visitantes. Me pareció cutre; el bus turístico que recorría Valladolid estaba mucho mejor que eso, pero bueno: recorrimos la ciudad durante una hora; el guía iba indicando los lugares por donde íbamos pasando. Sólo recuerdo dos cosas de todo el recorrido: la casa donde vivió Doppler, el que estudió el efecto de las ondas sonoras, y el palacio Schloss Leopoldskron, donde se rodó la película *“Sonrisas y lágrimas”*, a orillas de un estanque. Ni siquiera me acuerdo de la casa de Mozart, y seguro que tuvimos que pasar por ella. En fin, fue algo decepcionante. Aproveché luego para callejear un poco. La ciudad estaba enfocada al turismo: mucha tienda y mucho restaurante. Había varias galerías comerciales que unían dos céntricas calles; era entretenido. Yo iba aprovechando para otear las cartas de los restaurantes, a ver dónde podría comer. Al final no tuve mucha elección, porque los que me parecieron más interesantes estaban llenos; y me senté en una terraza cerca del río Salzach. Tampoco recuerdo lo que comí ese día, pero sí que me acuerdo de que me pareció caro y malo; estaba visto que no iba a llevarme un buen recuerdo de la ciudad. Lo mejor, el helado italiano que me tomé después de dejar el restaurante, mientras daba otro paseo. Por el río había un barco que hacía cruceros fluviales. Ya puestos, probé. Se ve que no tenía yo el día bueno, porque el paseo fluvial también me pareció cutre; menos mal que una parejita de críos nos amenizó con sus gracias el recorrido. Ya en tierra firme de nuevo, dando vueltas por ahí, me llamó la atención un urinario público que estaba en un parque: había que pagar para poder mear, eso podía

entenderlo, lo que me pareció chocante es que no había nadie vigilando: sólo un cestillo donde quien quería usarlo dejaba sus monedas. Pero lo que me chocó todavía más fue ver que pasaron por allí dos alemanes (o austriacos, no los sé distinguir) que cogieron tranquilamente lo que había en el cestillo, y se marcharon. Luego la fama la tenemos otros. Dejando aparte las experiencias que estaba teniendo, sí que me dio la impresión de que Salzburgo tenía que ser una ciudad interesante; pero no para ir de turista, sino para pasar allí una temporada. Ya tenía ganas de volver, así que fui a recoger el coche y salí de allí. *“A cincuenta metros gire a la deresha”*. *“Ahora gire a la deresha”*. *“Ahora siga recto seiscientos metros”*. *“En la siguiente rotonda deje la segunda salida”*. *“Ahora deje la segunda salida”*. *“Ahora deje la salida”*. *“Ahora siga recto durante los próximos dos kilómetros”*. Pronto cogí la autopista de vuelta, y en una hora estaba Kufstein. Dejé el coche en el hotel y me fui a tomar una cerveza. De vuelta al hotel, cené pronto (me desquité de la comida con uno de esos filetes empanados con ensalada de flores). Al día siguiente quería ir a Innsbruck.

Innsbruck estaba más cerca que Salzburgo, a unos 75 kilómetros de Kufstein, menos de una hora. *“A doscientos metros gire a la deresha”*. *“Ahora gire a la deresha”*. *“Ahora siga recto quinientos metros”*. Me habían dicho que para circular por las esas autopistas hacía falta comprar una tarjeta, una especie de peaje que te valía para varios días; el día anterior se me pasó comprarla, así que paré en una gasolinera y adquirí una. Ya cerca de Innsbruck me desvié a la fábrica de Swarovski; quería llevarle algo a mi hija, y me pareció que ese era el sitio adecuado para comprarlo. Cuando llegué allí me encontré con que aquello era un pequeño parque de atracciones: desde el extremo de una colina, una gran cabeza vegetal escupía una cascada de agua sobre un estanque. Ya dentro, se iban recorriendo diversas estancias animadas con autómatas y distintos espectáculos de luz y sonido, con el cristal como protagonista: 55 millones de cristales, según pude leer, en un espectáculo hipnótico y cambiante, obra de Brian Eno; no conocía yo esta faceta del

cantante. Y al final de todo aquello, cómo no, la tienda. Compré unos pendientes con forma de estrella de mar; me parecieron bonitos. Salí con los pendientes en el bolsillo y en poco más de un cuarto de hora llegué a Innsbruck. Allí pude aparcar cerca del río Eno (*Inn*, como se dice en alemán; de ahí el nombre de la ciudad), al lado del centro histórico. Según me acercaba, vi un bar con un cartel que decía algo así como “*Taberna española, Tapas*”. Me llamó la atención, y entré. El bar estaba casi vacío, y la barra estaba atendida por una mujer cubana. En el mostrador no había tapas de ningún tipo. Ya que estaba allí, me pedí una cerveza; ni una aceituna me dieron para acompañarla. Salí de la taberna y entré de lleno en el casco antiguo, y la verdad es que me impresionó: aquellas casas tan coloridas y floridas, con los Alpes asomando por encima de los tejados; la plaza porticada, sus calles históricas, sus palacios y sus iglesias... Parecía una ciudad de cuento. Según pude enterarme, los colores de las casas obedecían a los diferentes oficios de quienes allí vivían: los carniceros, con las fachadas de rojo; los herreros, de azul; los panaderos, de verde... y en muchas de ellas, cantidad de dibujos adornándolas. En uno de los laterales de la plaza, la *Neuer Hof*, un palacio del siglo XV con un balcón de dos plantas, profusamente decorado y rematado por un empinado tejado dorado, el *tejadillo de oro*, como se le conoce allí, formado por 2.657 tejas de cobre doradas al fuego, todas originales. A cada vuelta que daba, no me cansaba de mirarlo. Había cantidad de tiendas con relojes de cuco; me quedé con las ganas de comprarme uno, pero no quería cargar con ningún bulto. Y había también muchas tiendas de artesanía. Me llamó la atención una pequeña joyería, en uno de los soportales de la plaza, que tenía en el escaparate un monitor. La artesana, una mujer de mediana edad, tenía el taller al fondo de la tienda, y cuando veía que se acercaba alguien a mirar el escaparate, se ponía a trabajar para que se viera por el monitor lo que estaba haciendo. Me habían hablado también de una iglesia que tenía el sepulcro de Maximiliano I (aunque su cuerpo no descansa allí), que estaba custodiado por 27 figuras en bronce, a tamaño natural; pero eso no llegué a verlo. Encontré un pequeño

restaurante, no muy lejos de donde había dejado el coche, con una terracita cubierta a la entrada; había una mesa libre, y allí me senté. La comida era sencilla, pero el trato, muy familiar. Comí a gusto. Luego seguí callejeando por lo menos otro par de horas. Por cierto, en una de las joyerías de la plaza vi los mismos pendientes que compré en Swarovski, pero diez euros más baratos. Bueno, poder decir que lo compré en la fábrica también tiene un precio. Pasada ya la media tarde volví al hotel, con una grata impresión en el cuerpo; no se me iban de la cabeza aquellas calles con sus casas de cuento y ese ambiente próspero que se respiraba en todas partes. Pero de todo cuanto llevaba visto en Austria, lo que más me gustó fue el cuidado y el respeto que allí parecían tener por todo lo que era público; un civismo que ya me gustaría poder llevarme a España, a ver si se nos pegaba algo... En tres cuartos de hora estaba entrando en Kufstein: *“Ahora gire a la deresha”*. *“Ahora siga recto quinientos metros, y después gire a la izquierda”*. *“Ahora gire a la izquierda”*. *“Ha llegado a su destino”*. Ese día cené pronto; y, para variar, pedí salmón. Después de cenar fui a dar una última vuelta por la ciudad. Me volví a fijar en las bicicletas aparcadas en la calle sin candar, y en las ventanas de los pisos bajos sin rejas que las protegieran. Y de nuevo me volvieron las ganas de meter todos esos detalles en la maleta y traérmelos a mi país. Paré en un bar a tomar -cómo no- una cerveza., y aproveché para llamar por teléfono a mi hija, para confirmarle que llegaría al día siguiente tarde, ya por la noche. Según estaba hablando, noté que un joven que estaba sentado en una mesa, con un grupo de chicos y chicas, no hacía más que mirarme; cuando colgué, se me acercó;

- Perdona, ¿es usted español?

- Sí, ¿por...?

- Yo estudié en Salamanca; estuve allí dos años.

- ¡Ah, yo soy de Valladolid!, muy cerca de Salamanca.

Estuvimos hablando de nada durante diez o quince minutos; luego se despidió cortésmente y volvió con su grupo. Apenas se notaba su acento alemán.

Llegó el día de mi despedida. Después de desayunar, subí a la habitación, preparé las cosas y bajé a Recepción a pagar la cuenta.

. Buen viaje -me dijo el recepcionista en español, con su voz sonora.

. Gracias, he estado aquí muy a gusto; que tenga usted un buen día.

Metí la maleta en el coche, y partí en dirección noroeste, hacia Munich. Dachau quedaba todavía unos veinticinco kilómetros más arriba, cerca del aeropuerto *Franz Josef Strauss*, donde tomaría el vuelo de vuelta. “*A doscientos metros gire a la deresha*”. “*Ahora gire a la deresha*”. “*Ahora siga recto quinientos metros*”. Ya estaba en la autopista. Después de cuatro días, todavía seguía llamándome la atención la cantidad de camiones que circulaban por las carreteras. El viaje transcurrió sin incidencias. Sobre las 10 de la mañana llegué a Dachau; paré en un bar a tomar un café, y seguí las indicaciones de mi asistente para llegar al Campo: “*A cuatrocientos metros gire a la deresha*”. “*Ahora gire a la deresha*”. “*Ahora siga recto doscientos metros*”. “*Ha llegado a su destino*”. Dejé el coche en una gran explanada que estaba acondicionada al efecto, y entré en el antiguo campo de exterminio. En el vestíbulo se podía leer la frase *ARBEIT MACHT FREI*, “*el trabajo os hará libres*”. No sé hasta qué punto era porque sabía dónde estaba, pero el lugar, con sus naves alineadas y los grandes espacios entre ellas, me resultaba infausto. Varias de estas naves estaban acondicionadas como museo; en ellas se podían ver cantidad de objetos, tanto pertenecientes a los presos como útiles de tortura y experimentación médica. Había algunos particularmente siniestros. También figuraban listas interminables de las personas que habían perdido allí la vida, entre ellos bastantes españoles. Por una parte, quería hacer el recorrido completo; pero por otra, estaba deseando salir de allí. Lo último que vi antes de marcharme fueron los hornos crematorios. Me fui de ese lugar pitando. Volví al pueblo, y aunque era pronto aproveché para comer algo. Luego fui a dar una vuelta; y cuál fue mi sorpresa cuando, al volver una calle, vi un restaurante con

la bandera de España en la puerta: *El Camino*, se llamaba. Entré y me encontré allí con un hombre poco mayor que yo; no hizo falta preguntarle si era español. Me contó que llevaba allí veinte años, que era leonés, de Ponferrada, que todos los meses le llegaban productos de España y que allí tenían mucha aceptación. Estaba especializado en paellas y en boquerones fritos. Aquel encuentro fue todo un descubrimiento; lástima no haberlo visto antes, habría comido allí. Después de conversar un buen rato, me despedí de él; quería salir con tiempo de sobra hacia el aeropuerto. Cogí de nuevo el coche y dejé que mi secretaria particular me fuera guiando: *“En la siguiente rotonda deje la primera salida”*. *“Ahora deje la primera salida”*. *“Ahora deje la salida”*. *“Ahora siga recto durante los próximos ocho kilómetros”*. Yo suponía que en ese trayecto de ocho kilómetros vería alguna indicación del aeropuerto. De hecho, a poco de empezar vi aterrizar por la derecha de la carretera algún avión. Recorrí esos ocho kilómetros, y volví a oír la voz del navegador: *“A doscientos metros gire a la izquierda”*. *“Ahora gire a la izquierda”*. *“Ahora siga recto doce kilómetros”*. Aquello empezó a parecerme extraño; me daba la impresión de que me estaba alejando cada vez más del aeropuerto, pero seguí sus indicaciones; no veía ninguna señal que me indicara el aeropuerto. Como ya estaba un poco mosqueado, paré en la cuneta y comprobé si había indicado bien la ruta; y sí, la ruta estaba bien. Reanudé la marcha: *“A seiscientos metros gire a la deresha”*. *“Ahora gire a la deresha”*. *“Ahora siga recto diez kilómetros”*. Eso ya sí que no; ya no tenía duda, el navegador debía de haberse estropeado y cada vez me alejaba más del aeropuerto. Empecé a ponerme nervioso, llevaba casi media hora conduciendo, y ya había perdido de vista el aeropuerto. Desconecté el navegador, di media vuelta en cuanto pude y me fui fijando en las indicaciones de la carretera; al llegar casi de nuevo a Dachau vi, por fin, un cartel que indicaba el aeropuerto: había estado conduciendo en otra dirección. Procuré no despistarme, ya andaba justo de tiempo. Llegué al aeropuerto con apenas veinte minutos, y todavía tenía que devolver el coche y dejar las llaves. Embarqué con apenas cinco minutos de

margen; prácticamente fue sentarme en el asiento, cerrar la puerta del avión y despegar del suelo: ¡buf...! No quería ni pensar qué hubiera ocurrido si llego a perder el avión. A poco de despegar comenzaron a notarse turbulencias; yo no sabía lo que era eso, pero los comentarios que oí a un grupo de españoles que viajaban en los asientos de un poco más adelante me tranquilizaron algo: aquello debía de ser más normal de lo que yo creía. Con todo, pasé el viaje en vilo; algunos de los bandazos que daba el avión eran muy notables; y para colmo, en la segunda mitad del viaje fue ya anocheciendo. Los recuerdos amontonados de esos cuatro días de viaje y las ganas de ver de nuevo a los míos me hicieron la vuelta más llevadera. Cuando sobrevolamos Madrid era noche cerrada y el viento se había calmado bastante. La verdad es que hacía bonito ver tanta lucecita encendida. Y también es verdad que sentí un gran alivio al notar que, por fin, el avión aterrizaba. Cuando bajé del avión fui directo a recoger mi coche.

Entregué el resguardo al encargado del aparcamiento, me pidió el DNI para comprobar mi identidad y salió a buscar el vehículo; al poco rato volvió con él y lo aparcó delante de mí; metí el equipaje en el maletero, y arranque. Aunque el viaje de vuelta a Valladolid no debería tener ningún problema, encendí el navegador para salir del aeropuerto hasta la carretera nacional. Lo fui a programar, pero no sabía qué pasaba, que no conseguía sintonizarlo; se puso la pantalla en blanco, se escuchaba como una interferencia y no había manera de ajustar la imagen. Se me pasó por la cabeza que podían haber utilizado el coche en mi ausencia y que me habían estropeado el navegador; pero era una conjetura gratuita; miré el cuentakilómetros, pero no sabía con cuántos kilómetros lo había dejado en el aparcamiento de Barajas; y tampoco noté otras pistas de que alguien lo hubiera usado. En fin. Seguí las señalizaciones de la carretera y enseguida estaba en la Nacional VI. Paré en la primera área de servicios que encontré para tomar un bocadillo que me valiera de cena. Entré en el restaurante y me pedí un bocadillo de jamón y un café con leche (habría preferido tomarme el bocadillo con

un Riberita, por ejemplo; pero tenía que conducir). Sin duda, me gustaba más el jamón que los filetes empanados; aunque tuviera que tomarlo con un café. Salí al aparcamiento y puse el coche en marcha. *“A cuatrocientos metros gire a la deresha”*. *“Ahora gire a la deresha”*. Frené en seco. Miré al navegador, y estaba funcionando; pero la voz que se oía era la de la otra, la del navegador del coche que había alquilado en Munich. Volví a arrancar de nuevo para asegurarme: *“En la siguiente rotonda deje la tercera salida”*. *“Ahora deje la tercera salida”*. *“Ahora deje la salida”*. *“Ahora siga recto”*. No había duda: o estaba teniendo alucinaciones, o la voz del navegador se había venido conmigo desde Alemania y se había instalado en mi coche. Continué el viaje a Valladolid como flotando en una nube. Cuando ya estaba cerca, volví a escuchar su voz: *“A quinientos metros deje la salida”*. *“Ahora deje la salida y siga mil metros”*. *“En la siguiente rotonda deje la segunda salida”*. *“Ahora deje la segunda salida”*. *“Ahora deje la salida”*. *“Ahora siga recto durante los próximos tres kilómetros”*. *“A doscientos metros gire a la deresha”*. *“Ahora gire a la deresha”*. *“Ha llegado a su destino”*. No pude menos que exclamar en voz alta:

- Pero... ¿cómo es posible...?

Por supuesto, no esperaba encontrar una respuesta; pero la tuve. Y salió del navegador de mi coche:

- *¿No decías que, si pudieras, te traerías contigo un poco de ese civismo que tanto te ha gustado...? Además, ya tenía yo ganas de conocer tu país; así que...*

RESTAURAR SISTEMA



CONDICIONAL PERFECTO

*Si yo cambio, tú cambias y él cambia.
Si nosotros cambiamos, vosotros cambiáis y ellos cambian.*

Como les ocurría a casi todos en su familia, Jacinto fue haciéndose bueno a medida que se iba quedando sin fuerzas para ser malo. Poco a poco, primero perdió el interés por humillar a los demás, y luego por vengarse de quienes le humillaban. Aprendió a sonreír con benevolencia tarde, cuando ya casi no tenía dientes. Para quien no le hubiera conocido antes, esa boca desdentada, sonriente y que apenas dejaba escapar alguna palabra, casi siempre monosílabos, despertaba un extraño interés y una gran ternura. Otra cosa bien distinta ocurría en su casa, donde hijos y nietos se mofaban de él cada vez con más descaro cuanto que le veían con menos brío y más inútil, como él mismo hiciera, años antes, con sus abuelos primero y con su padre, después. Su madre se libró de ese azote porque falleció siendo él un crío. Pero el progresivo desdén de los suyos no parecía preocuparle. Sabía de siempre, porque era lo que siempre había visto dentro y alrededor de su casa, que eso tenía que llegar algún día. Sabía que su opinión importaría poco y su sufrimiento, menos; quizás por eso no mostraba ningún tipo de padecimiento, porque tenía la certeza de que en lugar de inspirar compasión avivaría el desprecio de los suyos, que sólo parecían atenderle para poder administrar su pequeña pensión, procurándole una existencia lo más larga y lo menos costosa posible.

Durante el día, para evitar los reproches que le caerían irremediablemente de su nuera si se quedaba en casa, salía pronto a la calle. No tardaba en encontrarse con algún compadre en una situación parecida a la suya, con quien hacerse compañía y aliviar su suerte, recordando batallas y olvidando pesares. Pasaba los días entre el banco de la plaza y la silla del bar, según hiciera calor o frío; y, si tenía suerte, alguien con más medios que él le invitaba a un chato de vino cuando hacía buen

tiempo, o a un café abrasando cuando el invierno le dejaba casi inmóviles sus manos artrósicas y amoratadas, con las que rodeaba el vaso ardiendo sin quemarse, hasta que volvía a sentir los dedos y podía articularlos para sacar el pañuelo del bolsillo y hacer el ademán de sonarse, aunque nada le saliera por la nariz, como si ella, su nariz, con vida propia, hubiera decidido también no quejarse y guardarse para sí todo lo que le pasaba.

Una tarde con la primavera recién estrenada, dando vueltas por el barrio con sus amigos, jubilados como él, pudo enterarse por fin de qué era aquello que estaban construyendo en los bajos de un edificio nuevo, al lado de la plaza: era un Centro Cívico. Ni él ni sus acompañantes sabían qué era eso de un “*Centro Cívico*”, así que cuando se enteraron de que lo habían abierto les faltó tiempo para presentarse allí y, después de rondar un rato, uno de ellos, el más atrevido, se acercó a preguntar a un conserje de traje azul que estaba en una especie de garita, nada más entrar de la calle. Así supieron que en ese local, que era del ayuntamiento, había aulas donde se daban clases de pintura, de baile, de escritura... había hasta una biblioteca y un pequeño salón de actos para representar obras de teatro y hacer danza y cosas de esas, y también para proyectar películas. Y lo mejor de todo: ¡era gratis! Así que fueron tomando posesión de las estancias del recinto, empezando por la biblioteca, que era lo que estaba más cerca de la puerta de la calle y, a diferencia de otras estancias, podían entrar y salir de ella cuando quisieran sin que nadie les dijera nada. Jacinto nunca había pisado por una biblioteca, y si no fuera por la curiosidad de sus colegas habría seguido sin saber que podían existir tantos libros tan bien ordenados. En la calle hacía bueno, es lo que tienen la primavera y el otoño. Pero aquello del Centro Cívico y de la biblioteca era nuevo y no costaba dinero, y había que celebrarlo. La suerte quiso que aquella mañana cayera en sus manos un libro grande, el más grande que vio, magníficamente encuadernado, con las tapas duras y las páginas a todo color y con unas fotografías espectaculares. Era un libro de viajes. Apenas le dio tiempo a empezar a hojearlo cuando abrió el conserje la puerta para avisar de que en un cuarto de hora cerrarían el Centro: - ¡Vaya...! - se lamentó. El caso es que se quedó con las ganas, y al día siguiente propuso otra visita a sus contertulios, que

también querían sacarle renta al *Centro Cívico* ése, y ver hasta dónde daba de sí. Jacinto fue derecho a la biblioteca y no tardó mucho en localizar el librote que dejara la tarde anterior. Lo cogió y se sentó con él delante de una mesa, como vio que hacían otros usuarios. Al resto de la panda les dejó entretenidos con el conserje, que se esforzaba en ser con ellos todo lo amable que sus obligaciones le permitían. Con el murmullo de sus amigos de fondo, Jacinto fue pasando páginas despacio, recreándose en cada imagen, y de vez en cuando hasta leía algún pie de foto cortito, que no le costara mucho entender. Los párrafos más largos los dejaba para que los leyera otros. Los números se le daban bien, para algo había sido vendedor durante casi sesenta años, pero las letras no eran lo suyo. Y aunque nunca había sido aficionado a la lectura, aquel libro le fascinó. Sería por aquella mezcla de olores a cola y tinta que desprenden los libros nuevos al abrirllos, o por ese tacto recio del *papel couché*, que hace que casi se te queden pegados los dedos en cada página, como si no quisieran despedirse de ella; o por el mismo hecho de tener un libro así entre sus manos, que de repente se le antojaba una especie de joya que algún sabio había labrado con esmero y que él se había encontrado por casualidad. El caso es que Jacinto se sentía otra persona, como si se hubiera metido en el pellejo de alguien culto y refinado. No habría sabido cómo explicarlo, pero se veía investido de una especie de majestad, como si aquel libro en sus manos fuera como una corona sobre su cabeza, y hasta imaginaba que los demás le miraban de otra manera, y él mismo se lo iba creyendo y se notaba por dentro de otra manera. Habría pasado poco más de una hora cuando su amigo Fermín, el chatarrero, le sacó de su embeleso para devolverle a la realidad de la calle, junto al resto de la cuadrilla. Hacía un día agradable y eso también había que aprovecharlo.

Las visitas al Centro Cívico pasaron a formar parte de las costumbres de Jacinto. Se estaba fresquito cuando hacía calor, y seguro que cuando llegara el invierno allí se estaría calentito, y sin tener que gastar en ello un dinero del que apenas disponía para poder ir al bar, ni aguantar las malas caras de nadie si se quedaba en casa. Y encima teniendo a su disposición todos esos libros que olían tan bien y le hacían soñar tan lejos. Retirado ya de casi todos los placeres, pasar una página del libro y descubrir

lo que le aguardaba en la siguiente, como si lo hubieran puesto allí para él, era algo que le ilusionaba y hasta le excitaba. Cada vez se le acentuaba más la sensación de que algo bueno le estaba ocurriendo con esa nueva afición a hojear libros, pero cuando le venía ese pensamiento a la cabeza intentaba esquivarlo, no se despertara de aquel sueño de repente y se fuera a deshacer el hechizo.

Una noche, en la cena, estaba su nuera Colasa regañando al pequeño Ismael por las malas notas que, como de costumbre, había sacado en la escuela. La verdad es que las notas de Ismael le importaban bastante poco a Colasa. Sus quejas eran en realidad un desahogo por la situación tan infeliz en que ella vivía: todo el día fuñe que fuñe, con el trabajo que da tener cinco hombres en casa acostumbrados a no ayudar en las tareas domésticas para nada, sin apenas tiempo para darse un respiro. Sabía que a Ismael, para vender en los mercadillos como hacían ya sus hermanos mayores, le bastaría con saber las cuatro operaciones y tener la picardía que tenía su padre, y que antes habían tenido su abuelo, y el padre de su abuelo, y así hasta seis generaciones. De todas las maneras había aprendido que tenía que recriminar a Ismael, que para eso era el único que seguía en la escuela, cada vez que llegara a casa con las notas suspensas. Por su parte, Ismael, que no era tonto, aprendía pronto; no las cosas de la escuela, pero sí a defenderse:

- *¿Acaso sabéis vosotros quién conquistó... Perú?, ¿eh...?*
¡Pues entonces por qué lo voy a tener que saber yo!

- *Pizarro.* –contestó su abuelo.

- *¿Eh?*

- *Francisco Pizarro.* –repitió Jacinto con aplomo.

- *¡Qué pizarro ni pizarra!* –intervino su hijo - *¡Tú qué sabrás...!*

Jacinto estaba seguro de lo que había dicho porque lo vio ese mismo día en el libro grande de viajes que tanto le gustaba. Se había decidido a leer alguno de los párrafos que había entre las

fotos, para situarlas mejor y saber un poco más de lo que aparecía en esas imágenes y, mira por dónde, comenzó por un pequeño texto que encabezaba un capítulo dedicado a Perú. Al día siguiente, al llegar del colegio, confirmó Ismael a su abuelo que Pizarro había conquistado Perú.

- *¿Y tú por qué lo sabías?* – le preguntó, visiblemente molesto.

- *Porque lo he leído en un libro.*

- *¡Mírale...!* –chinchó Colasa - *¡Dice que lo ha leído en un libro! Ahora resulta que va a estar estudiando, como los niños pequeños... ¡Lo que faltaba!*

A Jacinto no le inmutó ese comentario. Ni a Ismael tampoco. Sin que ninguno de los dos se lo propusiera, a partir de ese día las cosas entre ellos empezaron a cambiar. Ismael comenzó a poner a prueba a su abuelo casi a diario. Aprendía algo nuevo en la escuela, y cuando llegaba a casa se lo preguntaba. Como era natural, Jacinto casi nunca sabía la respuesta: - *“Mañana te lo digo, que ahora no me acuerdo”* –le respondía. Y en cuanto volvía a la biblioteca le faltaba tiempo para consultar a quien fuere y enterarse de lo que le había preguntado su nieto. Luego, ya en casa, le decía a Ismael lo que quería oír, y algo más que siempre se aprendía de propina. Nieto y abuelo se fueron aficionando a ese juego y, sin darse cuenta, los dos empezaron a sacarle el gusto a lo de ir aprendiendo cosas. A medida que esa costumbre tomaba cuerpo, las burlas del resto de la familia se fueron acallando, y el silencio fue transformando la indiferencia en respeto, primero, y después en una especie de admiración que ninguno reconocía, pero que todos en la casa compartían. La más sorprendida fue Colasa. No decía nada, pero estaba deseando que llegaran esos ratos en los que nieto y abuelo competían por ver quién sabía algo que el otro no supiera, y Colasa, como una esponja, absorbía las preguntas y las respuestas, con los nombres y las fechas, y los ordenaba como podía en su cabeza, entrenada para otro tipo de menesteres pero ávida de cosas nuevas a las que ella trataba de agarrarse como se agarraría un náufrago a todo lo que flota.

Llegó el verano y con él las vacaciones escolares para Ismael. A partir de entonces tendría que acompañar a su padre y sus hermanos para vender el género en los mercadillos. Siempre le había gustado la animación de los mercadillos, el trasiego de gente y hasta el bullicio que se levantaba a media mañana, aunque a veces tuviera que soportar alguna estampa más o menos violenta de la que procuraba zafarse como podía. Él era el encargado de vigilar la mercancía cuando había aglomeración de gente, pero cuando no, aprovechaba para hacer visitas a otros puestos del mercadillo y hablar con los amigos que por allí tenía. Entre unas cosas y otras, la mañana pasaba deprisa. A las dos de la tarde recogían y, normalmente, a eso de las tres llegaban de vuelta a casa. Colasa les tenía la mesa puesta y la comida preparada; y en cuanto comía, lo que quedaba del día ya era para hacer lo que a él le diera la gana. Y, mira por dónde, desde la tarde que fue al Centro Cívico para ver qué tenía aquello que tanto le gustaba a su abuelo y descubrió que además de libros y talleres había una sala con ordenadores, y que podía estar allí una hora diaria y trastear por internet sin que nadie le dijera nada, ya no faltó ni un solo día. Cuando agotaba su turno, antes de salir a la calle a jugar con sus amigos, si pillaba a su abuelo aprovechaba para ponerle los dientes largos contándole algo de lo que había visto en su viaje cibernético, convencido de que Jacinto en eso nunca le podría alcanzar. Al abuelo le gustaba que su nieto le fuera a ver, y que se tomara ese interés por mostrarle cosas que no supiera. Y, aunque se sintiera orgulloso de Ismael, le molestaba no poderle responder con la misma moneda.

La curiosidad, que crece como las plantas, tanto más cuanto más se las cuida, quiso que Jacinto comenzara a merodear por la sala de ordenadores. El primer día salió enseguida, como quien huye de una cueva llena de humo que no le deja respirar. Pero al día siguiente volvió, y aguantó un poco más: comprobó que aquellas máquinas no se comían a nadie y que se manejaban con los dedos de las manos, los mismos que empleaba él para coger sus libros o para jugar al julepe. Además, tuvo ocasión de ver cómo algún otro vecino mayor, como él, se atrevía a intentar lidiar con aquellos artefactos. Eso le dio confianza. Seguía sin saber cómo manejarlos, pero ya los

había visto de cerca. Otro día preguntó a un jovencito que estaba encargado de la sala si él también podría utilizar un ordenador, y si podría decirle cómo se hacía. Con más pericia que paciencia, el joven invitó a Jacinto a sentarse delante de un ordenador que iba a quedar libre en un rato y le fue explicando cómo se encendía y apagaba la maquinita y cómo se abría una hoja para escribir cosas. Todo eso le sonaba a chino. El joven le creó en la pantalla una carpeta con su nombre y le enseñó a guardar la prueba que habían hecho. Para ser el primer día ya era bastante. Se apuntó para volver otro rato al día siguiente, y cuando llegó ya estaba esperándole el joven para dar un repaso a lo que habían visto y enseñarle otro poquito más. Y así un día y otro, Jacinto se iba familiarizando con algunas palabras del argot informático, aunque todavía no supiera qué significaban. En realidad, no sabía para qué podría valerle aquello; pero su intuición le decía que si insistía se iba a acabar alegrando. Con la ayuda del muchacho empezó a soltarse en el manejo del ordenador; aprendió a buscar y bajar fotos de internet y a pegarlas al lado de las cosas que tan torpemente escribía, a buscar noticias, a enviar correos electrónicos... A su nieto Ismael le hicieron los ojos chiribitas el día que se enteró de la osadía de su abuelo. Y más aún cuando le pidió su dirección de correo electrónico para mandarle un mensaje. La primera vez que le escribió puso escuetamente: *“Hola”*. Algo es algo.

La asiduidad al Centro Cívico fue adaptándose a una especie de protocolo: primero saludaba a Mariano –Mariano era el conserje– y luego ojeaba el tablón de anuncios; aunque casi nunca había nada que le interesara, le gustaba ver que allí se hacían tantas cosas tan distintas. Los días que había alguna exposición nueva se daba una vuelta para verla; la primera exposición que vio era de una pintora que se llamaba algo *De Nicolás*; se acordaba del nombre porque uno de sus amigos se llamaba también Nicolás, y porque era la primera vez que veía una exposición de pinturas de esas raras, que no había quien las entendiera. Pero eso también le hizo sentirse importante, como cuando leía. Y, si no había ninguna exposición nueva que ver, se metía directamente en la biblioteca, le daba un repaso al periódico y luego se ponía con los libros; y cuando le tocaba su turno se acercaba a la sala de informática y se sentaba delante de un ordenador. Cada vez

curioseaba más por internet. A las dos del medio día cerraban el centro, y él se iba a casa a comer. Nunca coincidían abuelo y nieto en la sala de ordenadores, porque uno iba por la mañana y el otro por la tarde. Pero tanto uno como otro lo último que hacían antes de dejarlo era escribirse algún mensaje por el correo electrónico, que se contestarían recíprocamente en sus siguientes turnos. Así pasaron los dos el verano, y llegó septiembre. Ismael comenzó el curso, pero ya no dejó la costumbre de ir a trastear por internet un rato por las tardes, en cuanto salía del colegio.

Colasa les escuchaba hacerse comentarios acerca de sus *correos electrónicos* como quien oye hablar en arameo. No sabía para nada qué podría ser eso, pero se imaginaba que tenía que ser algo maravilloso, como todo lo que oía que se cocía en el *Centro Cívico* ése. Una mañana, mientras colgaba la ropa en el tendedero de la ventana, no se aguantó ya más y sacó a la conversación el tema del Centro Cívico a otras dos vecinas que, como ella, estaban poniendo a escurrir la colada. La conversación fue subiendo de tono, y en un momento dado decidieron que ellas también querían conocerlo. Al día siguiente se afanarían después de comer en recoger la cocina pronto e irían al Centro ése. Y así fue: Colasa salió a buscar a Saturnina y luego las dos fueron a recoger a la Faus. Y las tres se acercaron a la plaza y entraron en el Centro Cívico, un poco cortadas, con los ojos como platos y sin saber qué hacer con las manos, que metían en los bolsillos de la falda o colocaban entrelazadas por delante de la cintura, escondidas una detrás de la otra.

- *Buenas tardes.*

- *Hola, buenas tardes.*

- *Veníamos a ver... Es que nos han dicho que aquí se hacen muchas cosas... Y eso: que veníamos a ver qué había, y si nosotras también...*

- *Pues claro, seguro que sí, que hay algún taller que les interesa.*

El conserje les indicó brevemente dónde estaban la biblioteca, la sala de ordenadores y el resto de aulas, y les comentó que en el tablón de anuncios estaban expuestas todas las actividades que había en el Centro, con sus horarios y los requisitos necesarios. Hasta les dio un pequeño folleto con la lista de las actividades del Centro. Colasa no pudo contener las ganas que tenía de entrar en la biblioteca, primero, y en la sala de ordenadores después. Y allí estaba su Ismael: le observó desde la puerta y se dio la vuelta enseguida, para que no la viera. Luego recorrió con sus vecinas el resto de estancias, sin dejar puerta sin abrir para fisgar lo que allí dentro había. Aquella breve y caótica excursión fue una experiencia apasionante, y se prometieron volver otro día para dar de nuevo un repaso con más calma, y decidir si se apuntaban a algo. Y así lo hicieron al día siguiente, sin esperar más, no se les fuera a apagar la gana. Decidieron las tres apuntarse a unas clases de *patchwork*, una de esas palabras raras que nunca habían oído, pero que alguien les explicó que consistía en unir retalitos de tela para hacer colchas y tapices y cosas así; y como la costura se les daba bien a las tres, quisieron probar otra cosa que no fuera zurcir calcetines y remendar camisas y pantalones. La profesora se llamaba Tere; era una mujer madura, como ellas, y muy amable. Conectaron enseguida tanto con la profesora como con el resto de compañeras del taller (todas eran mujeres; eso de coser parecía que no les iba a los hombres).

Como era de esperar, Colasa e Ismael acabaron cruzándose por el pasillo del Centro Cívico más pronto que tarde. Ismael se sobrecogió al verla: no sabía qué podría estar haciendo ella allí, y se quedó más tranquilo cuando se enteró de que iba *sólo* a clases de costura. Colasa no había comentado nada en casa, era la mejor manera de evitar impertinencias, así que para Ismael aquello fue toda una sorpresa. Y ya en casa, en la cena, le faltó tiempo para contar que había visto a su madre en el Centro, que iba a coser. Afortunadamente hubo más cachondeo que reproches, y Colasa pasó el trago como pudo, aliviada por no tener que seguir ocultando más su nueva ocupación. Al contrario que su hijo y sus nietos, Jacinto no dijo nada; enseguida entendió que ella también tenía derecho. Y hasta se alegró.

En los últimos meses el ambiente que se respiraba en casa de Jacinto había cambiado. Y ahora que Colasa iba a sus clases de patchwork, más; aquello le estaba gustando y le hacía sentirse mejor, y eso se traducían en menos caras largas. Además, ya no gritaba a Ismael por sus malas notas, y hasta parecía que había un poquito más de armonía.

Jacinto iba cogiendo soltura con el manejo del ordenador, y cada vez se atrevía más a buscar cosas en internet. Como la curiosidad crece con el conocimiento, un día quiso probar lo que salía si escribía en la barra de búsqueda una palabra de las que a él le gustaban: TETA. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie le estaba viendo, y le dio a las teclas. Lo primero que se encontró fue la definición que aparecía en Wikipedia, pero no era eso lo que estaba buscando; así que siguió bajando en la pantalla. De vez en cuando abría alguna página al azar, pero no encontraba nada que llenara sus expectativas, así que volvió arriba de la lista para probar con otra palabra: CULO. Volvió a mirar a su alrededor, no le fueran pillar, y pulsó encima. Por casualidad vio debajo de la barra de búsqueda una fila de palabras: la que decía *TODO* estaba iluminada de color azul, y las demás estaban en negro. Decidió pinchar en la que estaba al lado, la que decía *IMÁGENES*, y... ¡zás!, lo encontró: aparecieron en la pantalla un montón de fotos de culos de todos los tamaños y colores. Volvió a mirar alrededor, y como cada uno estaba a lo suyo, se animó a pinchar encima de una de las fotos. Aquello era mejor que lo que había visto en esas revistas guarras que les enseñaba Fermín a él y al resto de la panda. ¡Lo que acababa de descubrir! Cerró inmediatamente internet, como si le hubiera sobrevenido de repente el complejo de Stendhal; trató de calmarse, volvió a mirar alrededor, abrió de nuevo internet con la página en blanco y siguió como si nada hubiera pasado. Aquí había mucho que investigar.

Al siguiente día volvió y esperó a que quedara libre el ordenador que estaba en el extremo más apartado de la sala; allí estaría más resguardado de las miradas de nadie. En cuanto se sentó, volvió a teclear la palabra mágica: CULO. Pulsó sobre la opción de imágenes y se dispuso a dar un repaso a todo lo que le diera

tiempo en esa hora. Parecía un viejo verde; pero a estas alturas de la película, le importaba bastante poco: quería ver todo lo que pudiera, y más. Aquello era como para volverse loco: una página le llevaba a otra, y ésta a otra, y así una y otra vez; y no sabía dónde parar, hasta que de repente se le puso la pantalla en negro con un cartel en un idioma que él no entendía; intentó salir de internet, apretó todas las teclas que se le ocurrieron, pero nada. Así que tuvo que optar por avisar al muchacho encargado de la sala para que le ayudara a salir de aquélla, mientras se prometía a sí mismo que no iba a volver a meterse en esos jardines.

- ¡Vaya, un virus...! - comentó en alto el joven, mirando a Jacinto con cierto enfado. – Hay que tener cuidado con las páginas que abrimos -prosiguió mientras desconectaba el ordenador-, algunas tienen trampa, las hacen para engañarnos y pueden estafarnos o estropear el ordenador.

Luego volvió a encenderlo y empezó a tocar unas teclas extrañas; la pantalla cambió de color y comenzaron a salir una serie de mensajes a los que iba respondiendo.

- ¿Y esto tiene arreglo?

- Sí. Estoy restaurando el sistema.

. Y eso, ¿qué es? -preguntó Jacinto, como queriéndolo entender mientras veía en la pantalla una barrita que se iba rellenando.

- Es una herramienta para arreglar el ordenador. Cuando nos equivocamos y entran virus, si no hacemos nada el ordenador se estropea y no funciona, o lo hace mal; pero si restauramos el sistema borramos esos virus y dejamos el ordenador como estaba antes. Es como si le diéramos una segunda oportunidad.

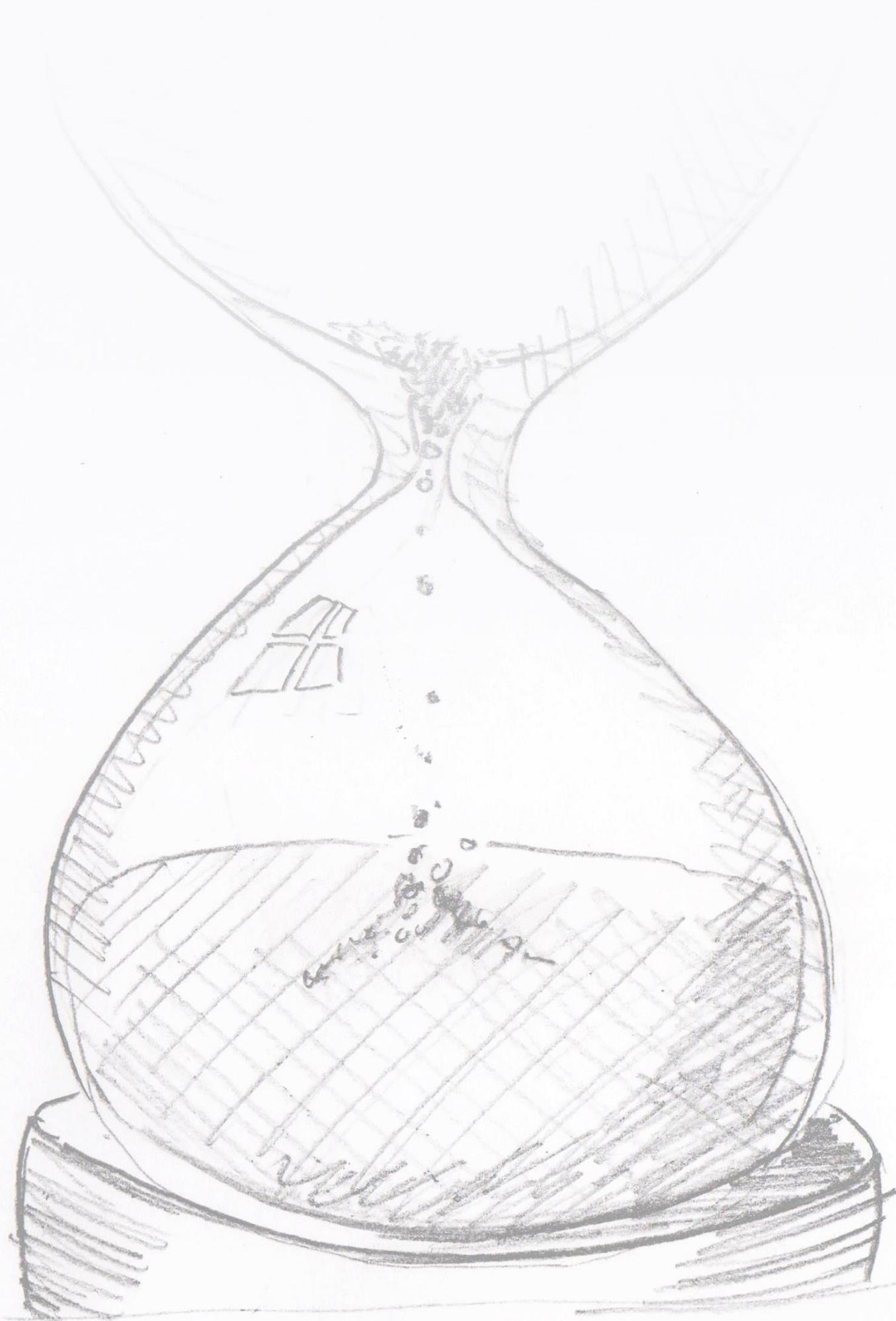
¿Una segunda oportunidad? Aquella frase le llegó a Jacinto a sus mismas entrañas: *una segunda oportunidad*.... ¡Claro, eso era...! De repente lo entendió todo: desde que entró en la biblioteca por primera vez y luego empezó a jugar con su nieto a ver quién sabía más, y después se decidió a aprender a manejar

el ordenador... Y lo de Colasa, con sus clases de costura... todo era como esa barra que apareció en el ordenador mientras se restauraba el sistema, que cada vez se iba rellenando más. Llevaba meses restaurándose a sí mismo su propio sistema, como el ordenador, y hasta ahora no se había enterado. Se estaba dando otra oportunidad. Se estaban dando los tres otra oportunidad.

- Bueno, Jacinto, esto va bien.

- Sí, va bien. Ya lo creo. Va muy bien...

FIN



ES LO BUENO DE LO MALO,
QUE SE ACABA.
LO MALO DE LO BUENO,
TAMBIÉN.

INDICE

AVISO	5
YA VEREMOS	7
PERDER PARA GANAR	13
EL ARTISTA	17
EPÍTETOS	31
CONTAGIADOS	35
DERESHA	43
RESTAURAR SISTEMA	65
FIN	79

¿Has llegado hasta aquí? ¿O es que has empezado por el final, para ver cómo acaba? Lo pregunto porque yo hago eso alguna vez con los libros que me dejan. En cualquier caso, tengo que agradecerte que hayas leído algo de este cuaderno; no hacía falta que te hubieras molestado, ¡que era una broma, hombre...!